

## H.P. BLAVATSKY



ARTICULOS TEOSOFICOS

## **OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO TEOSOFICO**

- I. La formación de un núcleo de Fraternidad Universal humana, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.
  
- II. El estudio comparativo de religiones, filosofías y ciencias, antiguas y modernas; y la demostración en la práctica de la importancia de ese estudio.
  
- III. La investigación de las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

## Prefacio

Los siguientes dos artículos de H. P. Blavatsky, rezan con y critican la teoría “científica” prevaleciente del conocimiento, característica de las postrimerías del siglo xix, la cual sobrevive en el xx entre aquellos que han descuidado hacerse conscientes de los grandes cambios en las fronteras del pensamiento moderno. Sin tratar de acopiar pruebas de estas mutaciones y sin sugerir que el binomio: nuevas actitudes en psicología y el reciente pensamiento acerca de la relación entre la ciencia y la idea de la “verdad”, avala lo que Madame Blavatsky escribió aquí, podemos decir que la pátina burda de la suposición materialista contra la cual se ensañó con vigor, ahora se ha demolido.

Se debería tener presente que la autora de estos artículos tenía dos propósitos generales. Primero: quería declarar, explícitamente, su apoyo en favor de la realidad de la Ciencia Oculta, como un conocimiento efectivo que operaba en el lado interno de la naturaleza y de la vida. Para actualizar ésto, necesitaba hablar sobre la posibilidad de la existencia de seres humanos muy desarrollados, depositarios de tal conocimiento y capaces de usarlo. Para ella ésta era una certeza inconcusa.

Segundo, ilustró el discernimiento que tal conocimiento aporta en los misterios de la vida humana y de la naturaleza, esperando convencer, a los lectores abiertos de mente, que sus escritos procedían de la comprensión, hecho induplicable en cualquiera de las escuelas de aquel tiempo. Buscaba estudiantes e investigadores; no creyentes ni seguidores. Sin embargo, estaba consciente de que el carácter revolucionario de sus declaraciones, provocaría una reacción seria sólo entre poca gente. Esto continúa vigente hoy, aunque hay motivos para pensar que los pocos, en estos días de ansia y desilusión general, pueden resultar ser más numerosos que durante los días confiados del siglo xix.

El método que ella instrumenta en estos artículos, consiste en enunciar algunos postulados de la Ciencia Oculta; ilustrar cómo las leyes que representan se pueden ver operar en el campo de la experiencia humana ordinaria y usar estos postulados y ejemplos como una base para criticar los conceptos burdos de la ciencia y de los eruditos, sus contemporáneos. Sin embargo, según indica, trabajaba bajo las limitaciones que circunfieren a todos aquellos que conocen verdaderamente los campos ocultos de la naturaleza; por lo tanto, no podía revelar más que algunos fragmentos sueltos de las enseñanzas a las cuales acudía. Ella misma dijo:

“Aquellos que son Ocultistas, trabajan siguiendo ciertas líneas que *no se atreven a transgredir*. Su boca está cerrada, su explicación y demostración son limitadas. ¿Qué pueden hacer? La ciencia jamás se sentirá satisfecha con una explicación a medias.”

Por lo tanto, su discusión se dirige a aquellos que tienen razones intuitivas para preguntarse sobre la constitución de la naturaleza y el sentido de la vida humana. Además, estando atentos, pueden reconocer que si el conocimiento del cual habla, existiera verdaderamente, aquel que lo conoce se encontraría bajo las precisas limitaciones a las cuales ella se refiere. Escribía para los individuos con una mente perceptiva; para las personas que, con el pasar del tiempo, se convencían de que la raza humana jamás careció de verdaderos maestros y para aquellos que tomaron la determinación de buscar el registro de lo que ellos habían enseñado.

H.P.B. fue siempre muy explícita en su respeto hacia los seres eximios y a menudo muy humildes, que podríamos calificar como verdaderos científicos. Trataba simplemente de emancipar, de los aletargantes efectos del materialismo inclinado a negar el alma, a aquellos dispuestos a escuchar, indicándoles un sendero de autodescubrimiento, el cual, si se seguía, conducía a una especie de verdad que no necesita ninguna autoridad externa y sustenta sus conocedores a través de toda prueba.

El artículo “¿Ciencia Oculta O Ciencia Exacta?” apareció, por primera vez, en la revista “Theosophist” de Abril y Mayo de 1886. “Los Que Niegan La Ciencia” se publicó, incompleto, en la revista “Lucifer” de Abril 1891.

## ¿Ciencia Oculta o Ciencia Exacta?

¡Eccce *Signum!* Observad la señal vaticinada en un futuro más rutilante. El problema que representará *la* interrogante de la edad venidera, que cada padre atento y dedicado se preguntará con respecto a la educación de sus niños en el siglo xx. De entrada, queremos puntualizar que con la expresión “Ciencia Oculta”, no nos referimos a *la vida* de un *chela* ni a las austeridades de un asceta, sino simplemente al estudio de aquello que es lo único capaz de suministrar la clave de los misterios de la naturaleza y descorrer el velo de los problemas del universo y del ser psico-físico, aun cuando uno no debería sentir la proclividad de profundizar más.

Cada nuevo descubrimiento que la ciencia moderna efectúa, vindica las verdades de la filosofía arcaica. El verdadero ocultista no conoce ningún problema que la ciencia esotérica no pueda resolver, si se le considera en la dirección correcta. Los científicos occidentales no son capaces, aún, de enumerar ningún fenómeno de la ciencia natural que puedan sondear en sus reconditeces más profundas o explicarlo en todos sus aspectos. En *este* ciclo la ciencia exacta no acierta a hacerlo debido a razones que presentaremos a continuación. Sin embargo, el orgullo de la edad, que se opone a incursionar en el imperio de la ciencia antigua, especialmente de las verdades trascendentales, cada año asume una actitud más y más intolerante. Muy pronto, el mundo lo observará mientras se eleva en las nubes de la autosuficiencia, como una nueva torre de Babel, compartiendo, quizá, el destino del monumento bíblico.

En una reciente obra sobre la Antropología<sup>1</sup> leemos lo siguiente: “Entonces, ha llegado el momento de *conocer* (?), comprender, aferrar y medir las fuerzas de las cuales, según se afirma, procede Dios [...] Hemos convertido la electricidad en nuestro cartero, la luz en nuestro diseñador, la afinidad en nuestro trabajador”, etc., etc. Lo que antecede se encuentra en una obra francesa. Después de haber leído un texto tan aparatoso, una persona parcialmente familiarizada con las perplejidades de la ciencia exacta, los errores y las confesiones diarias de los que trabajan en ese campo, se siente inclinada a exclamar, repitiendo el descontento de la Biblia: “*Tradidit mundum ut non sciant.*” En efecto: “el mundo se entregó a aquellos que jamás *deberán conocerlo.*”

El nivel de probable *éxito* por parte de los científicos en esta vertiente, puede colegirse del hecho de que el gran Humboldt mismo pudo proferir un axioma tan erróneo como es lo siguiente: “Para el hombre, ¡la ciencia empieza sólo *cuando su mente ha dominado la Materia!*”<sup>2</sup> Si en lugar de “materia”, hubiese dicho “espíritu”, tal vez hubiese expresado una verdad superior. Sin embargo, al implementar este cambio, el venerable autor de *Cosmos* no habría recibido los panegíricos que M. Renan le prodigó.

Me propongo presentar algunas ilustraciones para demostrar que el simple conocimiento de la materia, en concomitancia con las fuerzas “imponderables” de antaño, no es suficiente para los propósitos de la verdadera ciencia, cualquiera que fuese el significado que la Academia Francesa y la Sociedad Real daban a este neologismo, cuando lo inventaron. Al mismo tiempo, jamás resultará ser eficiente explicar el fenómeno más simple, aún en la naturaleza física objetiva, y menos los casos preternaturales en que los fisiólogos y los biólogos actuales están engolfándose. Como dijo el Padre Secchi, famoso astrónomo romano, en su obra “Sobre las Fuerzas etc.”: “Si sólo se probaran algunas de las *nuevas* fuerzas, sería menester introducir, en el campo de dichas fuerzas, influencias de un *orden muy diferente* de aquellas de la gravitación.”

“He leído profusamente acerca del ocultismo y he estudiado los libros cabalísticos ¡pero nunca he comprendido una palabra!” observó, recientemente, un erudito experimentador en la “transferencia del pensamiento”, “los sonidos-colores” y así sucesivamente.

Muy probablemente, uno debe estudiar las letras antes de poder deletrear y leer o comprender lo que lee.

Hace 40 años, conocí a una niña que tenía siete u ocho años, la cual asustó seriamente a sus padres al decirles:

“Mamá, te amo. Eres buena y cortés conmigo hoy. Tus palabras *son bastante azules*” [...]

“¿Qué quieres decir?” [...] preguntó la madre.

“Tus palabras son todas azules porque son muy suaves, sin embargo, cuando me reprendes *son rojas* [...] ¡tan rojas! Pero es peor cuando te alteras con papá; ya que entonces son *anaranjadas* [...] horribles [...] así” [...]

<sup>1</sup> Boletín de la Sociedad de Antropología, fascículo tercero, pag. 384.

<sup>2</sup> *Cosmos*, Vol. I., pag. 3 y 76 (con las mismas ideas).

La niña señaló el fogón con fuego bullicioso alimentado por llamas gigantescas. La madre empalideció. Después, a menudo se oía a la pequeña asociar los sonidos a los colores. La melodía que la madre tocaba al piano le provocaba éxtasis de regocijo y ella explicaba que veía “arco iris muy hermosos”, pero, cuando su tía tocaba, atisbaba “fuegos pirotécnicos y estrellas brillantes, *estrellas fugaces* que reventaban” [...]

Los padres se alarmaron y sospecharon que algo no funcionaba bien en el cerebro de su niña y llamaron al médico de la familia.

Su diagnóstico fue: “Exuberancia de fantasía infantil. Alucinaciones inocentes [...] Que no beba té y que juegue más con sus hermanitos, riña con ellos y efectúe ejercicios físicos [...]”

El doctor partió.

En una ciudad rusa situada a lo largo de la orilla del río Volga, existe un hospital colindante con un manicomio. Ahí segregaron a una pobre mujer por 20 años, hasta el día de su muerte, por ser una paciente “inerte” pero *demente*. Los archivos de su caso no proporcionaron ninguna otra prueba que la siguiente: el murmullo y el suave estrellarse de las olas le producían los “arco iris de Dios” más hermosos, mientras la voz del superintendente le inducía a ver “negro y carmesí”, los *colores del Maligno*.

En el mismo período, 1840, la prensa francesa publicó algo similar a este fenómeno. En aquel tiempo, los médicos creían que un estado tan anormal de los sentimientos se debía a una sola razón: cada vez que se experimentaban estas *impresiones* sin una causa a la cual *remontarse*, denotaban una mente desequilibrada, un cerebro débil, probablemente capaz de conducir a su propietario a la demencia. Este era el *decreto* de la ciencia. Las opiniones de las personas piadosas, amparadas por las afirmaciones de los curas del pueblo, se inclinaban hacia la dirección opuesta. El cerebro no tenía ningún nexo con la “obsesión”; ya que era el trabajo o las tramoyas del “viejo caballero” muy calumniado con pezuñas y cuernos rutilantes. Desde 1840, los eruditos y las “mujeres buenas”, pero supersticiosas, debieron cambiar suficientemente sus opiniones.

Aún en ese período temprano y antes de que la ola de espiritismo procedente de “Rochester” inundara toda porción considerable de la sociedad civilizada europea, se mostró que los varios narcóticos y drogas podían producir el mismo fenómeno. Algunas personas más valientes, las cuales no tenían ser acusadas de demencia y no tenían miedo a la prospectiva desagradable de ser consideradas como guardas “en el antro del Diablo”, efectuaron experimentos declarando los resultados públicamente. Uno de éstos fue Théophile Gautier, el famoso autor francés.

Entre los individuos que están familiarizados con la literatura francesa actual, son pocos los que no han leído el cuento encantador que este autor narra y en el cual describe los sueños de un consumidor de opio. Para analizar las *impresiones* directamente, tomó una considerable dosis de hachís. Según escribe: “Mi oído adquirió capacidades maravillosas: *oí la música de las flores*, sonidos verdes, rojos y azules se virtieron en mis orejas en olas claramente *perceptibles de aroma y color*. Un vaso tumbado, el crepitar de un sillón, una palabra susurrada en tono muy bajo, vibró y reverberó *en mí* como muchos fragores de truenos. El contacto más suave con objetos, muebles o el cuerpo humano, me hacía oír sonidos prolongados, suspiros como las vibraciones melodiosas de una arpa eólica [...]” (“La Presse”, 10 de Julio 1840).

No cabe duda que los poderes de la fantasía humana son grandiosos y que la ilusión y la alucinación pueden generarse, por un lapso más breve o más largo, en el cerebro humano más sano, ya sea natural o artificialmente. Sin embargo, existen fenómenos naturales que no están incluidos en esa clase “anormal” y al final se han apoderado, eficazmente, hasta de las mentes científicas. Como el fenómeno del hipnotismo, de la transferencia del pensamiento y de la provocación del sentido, se cohesionan uno en el otro, manifestando su existencia oculta en nuestro mundo fenoménico, lograron, finalmente, cautivar la atención de algunos científicos eminentes. Bajo la dirección del famoso doctor Charcot del hospital Salpêtrière en París, diversos eximios científicos empezaron a analizar los fenómenos en Francia, Rusia, Inglaterra, Alemania e Italia. Por más de 15 años se han dedicado a la experimentación, investigación y a la teoría. ¿Y cuál es el resultado? La única explicación presentada al público, a aquellos que anhelan familiarizarse con la naturaleza real e íntima de los fenómenos y con su génesis y causa productora, es que los sensitivos que los manifiestan ¡son todos histéricos! Se nos dice que son todos *psicópatas*<sup>3</sup> y *neuróticos*<sup>4</sup> y sólo una causa de carácter puramente fisiológico subyace en la superflua variedad de manifestaciones.

Esto parece satisfactorio en el presente y muy esperanzador para el futuro.

---

<sup>3</sup> Un neologismo compuesto griego de las Facultades Médicas Rusas.

<sup>4</sup> De la palabra neurosis.

Por ende, parece que, a la “alucinación histérica” le tocará convertirse en el alfa y el omega de todo fenómeno. Al mismo tiempo, la definición científica de “alucinación” es “un error de nuestros *sentidos*, compartida e impuesta (por este error), a nuestra *inteligencia*.”<sup>5</sup> Ahora bien, estas *alucinaciones* de un sensitivo, siendo objetivas: véase la aparición de “un cuerpo astral”, no sólo son perceptibles por la “*inteligencia*” de la persona sensitiva o (del medium); sino por los sentidos de todos los presentes. Por lo tanto, la suposición natural es que todos estos testigos son también *histéricos*.

Entonces, nos damos cuenta que para el fin de siglo, el mundo arriesga a transformarse en un extenso manicomio en el cual, sólo los médicos eruditos constituirán el segmento *sano* de la humanidad.

Entre todos los problemas de la filosofía médica, la alucinación parece ser, en esta coyuntura, la más difícil de resolver y la más reluctante en desaparecer. No podría ser distinto; ya que es uno de los misteriosos resultados de nuestra naturaleza dual, el puente que se extiende sobre el abismo que separa el mundo material del espiritual. Nadie, sino sólo aquellos dispuestos a atravesar al otro lado, puede apreciarla o reconocer el *noumeno* de sus fenómenos. No cabe duda que una manifestación es muy desconcertante para cualquier ser que la presencie por primera vez. Debido a la actitud de querer probar al materialista la facultad creativa, la *potencia* del espíritu humano, querer *naturalizar* el “milagro” para el eclesiástico y *sobrenaturalizar*, por así decirlo, los efectos más simples de causas naturales; a la *alucinación* no se le puede aún aceptar por lo que realmente es y su aceptación es incoercible en el caso del materialista o del cristiano creyente; ya que el primero es tan fuerte en su negación como el segundo lo es en su afirmación. Según una autoridad mencionada por Brierre de Boismont:<sup>6</sup> “La alucinación es la reproducción de la señal material de la idea.” Se dice que la alucinación no respeta a la edad ni al mérito o, si una experiencia fatal tiene algún valor: “un médico dispuesto a prodigarle excesiva atención o a estudiarla por un amplio lapso con *demasiado esmero*, seguramente terminaría su carrera en las filas de sus pacientes.”

Esta es una prueba ulterior de que la “alucinación” nunca se estudió con “*demasiado esmero*”; ya que el autosacrificio no es la característica más prominente de esta edad. Sin embargo, *si* es tan contagiosa, ¿por qué no se debería permitirnos la sugerencia intrépida e impertinente que los biólogos y los fisiólogos de la escuela del doctor Charcot se encuentran, también, *alucinados* por la idea científica, considerablemente unilateral, según la cual todas estas alucinaciones fenoménicas dependen de la *histeria*?

Sin embargo, ya sea una *alucinación colectiva* de nuestros brillantes médicos o la impotencia del pensamiento material, el fenómeno más simple de la clase *aceptada* y verificada por los científicos en el año 1885, permanece inexplicado por ellos como aconteció en 1840.

Si, por beneficio de la discusión, admitimos que algunos de la multitud, inducidos por su gran reverencia, que a menudo corresponde al *culto de fetiche*, hacia la ciencia y la autoridad, aceptan el veredicto de los científicos según el cual todo fenómeno, toda manifestación “anormal”, depende de ataques de *histeria epiléptica*, ¿qué debería hacer el resto del público? ¿Debería creer que el lápiz *semoviente* del señor Eglinton, funciona también bajo un ataque de la misma epilepsia como su conducto, aunque él *no lo toque*? ¿O que las expresiones proféticas de los videntes, los grandiosos apóstoles inspirados de todas las edades y religiones, eran simplemente los resultados patológicos de la histeria? O que los “milagros” de la Biblia, de Pitágoras, de Apolonio y de otros, pertenecen a la misma familia de manifestaciones *anormales* como las alucinaciones de la señorita “Alfonsina”, o cualquiera que sea su nombre, del doctor Charcot, sus descripciones eróticas y su poesía “fruto del *entumecimiento de su gran intestino por causa de los gases*”? Tal pretensión está destinada a empañarse. En primer lugar, la “alucinación” misma, cuando es realmente el efecto de una causa fisiológica, debería ser explicada, sin embargo *ésto nunca se hizo*. Extrapolando, al azar, algunas de las centenares de definiciones de los eximios médicos franceses (no tenemos aquellas de los ingleses a la mano), ¿qué aprendemos acerca de las “alucinaciones”? Hemos presentado la “definición”, si así podemos llamarla, del doctor Brierre de Boismont, consultemos algunas más.

El doctor Lelut la llama “una demencia *sensoria y perceptiva*”; el doctor Chomil: “una ilusión común del *sensorio*”<sup>7</sup>; el doctor Leuret: “una ilusión intermediaria entre la sensación y la concepción” (“Fragmentos Psicológicos”), el doctor Michéa: “un delirio perceptivo” (“Ilusión de los Sentidos”); el doctor Calmeil: “una ilusión debida a una modificación traumática de la substancia nerviosa” (“Acerca de la Demencia” Vol. I.) etc., etc.

---

<sup>5</sup> Diccionario Médico.

<sup>6</sup> “Alucinación”, pag. 3.

<sup>7</sup> Véase “El Diccionario de los Términos Médicos.”

Temo que lo anterior no contribuirá a hacer el mundo más sabio de lo que es. Desde mi punto de vista, creo que los teósofos harían bien ateniéndose a la antigua definición de alucinaciones (*théphanía*)<sup>8</sup> e insensatez que elaboraron, hace dos mil años, Platón, Virgilio, Hipócrates, Galeno y las escuelas médicas y teológicas de la antigüedad.

“Existen dos clases de insensatez, una es el producto del cuerpo, la otra nos la envían *los dioses*.”

Hace casi diez años que se escribió “Isis Sin Velo”, cuyo punto más trascendente al cual la obra se dirigía, era la demostración de lo siguiente: (a) la realidad de lo *Oculto* en la naturaleza, (b) el conocimiento cabal, la familiaridad y el dominio de todos estos campos ocultos entre “ciertos seres”, (c) que no existe arte ni ciencia conocidas en nuestra edad que los “Vedas” no hayan mencionado y (d) los Arios del período *anterior al Mahabharata* conocían un caudal de cosas, especialmente los misterios de la naturaleza *en abscondito*, según dicen los alquimistas, que nosotros, los sabios modernos del siglo xix, desconocemos.

Ahora se suministra una nueva prueba de ésto. Aparece como una fresca confirmación de algunas investigaciones recientes en Francia por parte de “*especialistas*” (?) eruditos, en lo que concierne a la confusión orquestada por sus *neuróticos* y *psicomaniáticos* entre el color y el sonido, “*impresiones musicales*” e “*impresiones de color*.”

El doctor Newbamer fue el primero en abordar este fenómeno particular en Austria en 1873. Después de él se empezó una seria investigación en Alemania con Blaver y Lehman, en Italia con Vellardi, Bareggi y algunos más y, finalmente, en Francia con el doctor Pedronneau. En el número 626 (1885) de la revista “La Nature”, encuéntrase los relatos más interesantes de los fenómenos relativos al *sonido-color* en un artículo, contribución de A. de Rochat, el cual efectuó algunos experimentos sirviéndose de un cierto señor que él nombra “N.R.”

Lo que sigue es un breve compendio de su experiencia.

N.R. es un hombre que tiene, aproximadamente, 57 años, ejerce la profesión de abogado y al momento vive en una de las periferias campestres de París. Es un amante apasionado de las ciencias naturales a las cuales ha dedicado un estudio muy serio; le encanta la música, aún no siendo un músico, es un gran viajero y un lingüista versado. N.R. jamás había leído algo con respecto al fenómeno particular que induce a cierta gente a asociar el sonido con el color, sin embargo lo experimentaba desde la infancia. Cualquier tipo de sonido siempre generaba en él una impresión coloreada. Así, la articulación de las vocales produce, en su cerebro, los siguientes resultados: la letra *A* se le aparece como un rojo oscuro; la *E* blanca; la *I* negra; la *O* amarilla y la *U* azul. Las letras bivocales tienen los siguientes tintes: *Ai* castaño; *Ei* grisáceo blanco; *Eu* azul claro; *Oi* amarillo sucio; *Ou* amarillento. Casi todas las consonantes son una tonalidad lóbrega de gris, mientras una vocal o una vocal doble, formando con la consonante una sílaba, le imparte a ésta un color de su propio tinte. Por lo tanto, *ba*, *ca*, y *da* son todas de un gris rojizo; *bi*, *ci* y *di* son color ceniza; *bo*, *co* y *do* gris amarillento y así sucesivamente. Cuando una palabra termina con la *s* pronunciada de manera silbada, como el sustantivo español *los campos*, imparte, a la sílaba que la precede, un brillo metálico. Así, el color de la palabra depende del color de las letras que la componen, entonces, para N.R., el habla humana tiene visos de cintas policromas y jaspeadas emanando de las bocas de las personas y cuyos colores son determinados por los tintes de las vocales en la oración, separadas, las unas de las otras, por las rayas plumizas de las consonantes.

A su vez, los idiomas reciben un matiz común según las letras predominantes. Por ejemplo, el alemán, plétorico de consonantes, forma, en el complejo, la impresión de un musgo gris, el francés aparece como gris fuertemente entreverado con el blanco, el inglés parece casi negro, el español es muy coloreado especialmente con tintes amarillos y rojos carmesí, el italiano es amarillo, diluyéndose en carmesí y negro, pero con matices más delicados y armoniosos que el español.

Una voz profunda evocó, en N.R., la impresión de un rojo oscuro que gradualmente se diluye en una tonalidad chocolate, mientras una voz sonora y telúrica, sugiere el color azul. Una voz intermedia entre estos dos extremos cambia, inmediatamente, tales colores en un amarillo muy claro.

También los sonidos de los instrumentos tienen sus colores distintos y particulares: el piano y la flauta sugieren matices azules, el violín negras y la guitarra un gris plateado, etc.

Los nombres de las notas musicales pronunciados estentóreamente influyen a N.R. de manera análoga a las palabras. Los colores de una voz que canta mientras se toca un instrumento, dependen de la voz, de su extensión, su altitud y del instrumento que se está usando.

Lo mismo acontece con los *símbolos* pronunciados verbalmente; pero cuando se leen mentalmente reflejan en él el color de la tinta que se empleó para escribirlos o imprimirlos. Por lo tanto, la forma no tiene ningún nexo con estos fenómenos cromáticos. Mientras estas impresiones, por lo general, no se

---

<sup>8</sup> Comunicación con Dios.

verifican fuera de él, pero acontecen, por así decirlo, en la plataforma de su cerebro; existen otros sensitivos que ofrecen fenómenos mucho más curiosos que los de “N.R.”

Además del capítulo interesante de Galton en su libro “Investigaciones en la Facultad Humana y su Desarrollo” concerniente a este tema, en el “Archivo Médico de Londres” encontramos la siguiente descripción de las impresiones de un sensitivo: “Tan pronto como *oigo* los sonidos de una guitarra, *veo* acordes que vibran rodeados de vapores teñidos.” El piano le produce lo mismo: “imágenes coloreadas empiezan a aletear sobre el teclado.” Uno de los pacientes del doctor Pedronneau en París<sup>9</sup> experimenta siempre impresiones de colores *fuera* de sí. Según dice: “Cada vez que oigo un coro compuesto por diversas voces, *siento* un gran número de puntos coloreados revoloteando sobre las cabezas de los cantantes. Los *siento* porque mi vista no recibe ninguna impresión definida, sin embargo, soy obligado a *mirarlos* y mientras los *examino*, me quedo atónito; ya que no puedo encontrar estos puntos de color brillante donde los *miro* o, mejor dicho, donde los *siento*.”

Existen también casos contrarios en los cuales los colores evocan, en los sensitivos, los sonidos. Hay otros que experimentan un fenómeno triple debido a un sentido particular que genera otros dos sentidos. Un cierto sensitivo no puede oír una banda con metales sin experimentar, durante la presentación, un sabor a “cobre en su boca” y ver nubes de color oro oscuro.

La ciencia investiga estas manifestaciones, reconoce su realidad y permanece impotente cuando se trata de explicarlas. La única respuesta obtenida es: “*Neurosis e histeria*” y las “alucinaciones *caninas*” de los académicos franceses, mencionadas en “Isis Sin Velo”, son una explicación aún válida o un *solvente universal* para todos estos fenómenos. Es simplemente natural, después de todo, que la ciencia se encuentre incapaz de explicar, por lo menos, estos particulares fenómenos de *luz* y *sonido*; ya que nunca se ha verificado, en su totalidad, la teoría de la luz misma y ni siquiera se ha completado.

Que nuestros oponentes científicos jueguen, por un rato más largo, a la “gallinita ciega” entre los fenómenos, sin ningún terreno sobre el cual cimentarse, exceptuando sus eternas hipótesis fisiológicas. Quizá no falte mucho tiempo para que se sientan obligados a cambiar sus tácticas o a confesar su capitulación hasta por obra de dichos fenómenos *elementales* citados anteriormente. Cualquier cosa que los fisiólogos puedan o no puedan decir o hacer, no importando sus explicaciones, hipótesis y conclusiones científicas presentes o futuras, los fenómenos modernos están rápidamente volviendo, de manera *cíclica*, a los Vedas arcaicos y a otros “Libros Sagrados de Oriente” para su verdadera elucidación. Por supuesto, es simple mostrar que los arios védicos estaban muy familiarizados con todos estos misterios referentes al sonido y al color. En sus tiempos, las correlaciones *mentales* de los dos sentidos de la “vista” y del “oído” eran un hecho común como aquel de un hombre actual que ve cosas objetivas con los ojos abiertos durante el mediodía.

Cualquier estudiante de Ocultismo, el *chela* más joven que acaba de empezar a leer *esotéricamente* sus Vedas, puede sospechar lo que el real fenómeno quiere decir. Simplemente *un retorno cíclico de organismos humanos a su forma primitiva* durante la tercera y hasta la cuarta Raza Raíz de lo que se conoce como los *períodos antediluvianos*. Cada cosa se orquesta para probarlo, aún el estudio de tales ciencias exactas como la filología y la mitología comparada. El hecho en cuestión se conocía desde los remotos días de la antigüedad, desde los albores de las grandes civilizaciones de esas razas que antecieron a la nuestra, la *Quinta* y cuyos vestigios encuéntrase sepultados en los abismos oceánicos. Lo que ahora se considera un fenómeno preternatural era, muy probablemente, el estado normal de la Humanidad antediluviana. Estas no son palabras vacías; ya que a continuación presentamos dos de la gran cantidad de pruebas existentes.

Como consecuencia de los datos abundantes que la investigación lingüística ha contemplado, los filólogos están empezando a hacerse sentir y están apuntando a algunos hechos muy significativos pero aún inexplicados. (1) Se constata que todas las palabras que indican representaciones y concepciones humanas de *luz* y de *sonido*, *derivan de las mismas raíces*.<sup>10</sup> (2) La *mitología* muestra, por su parte, la ley evidente cuya uniformidad elimina la posibilidad del caso, induciendo a los antiguos simbologistas a representar a todos sus dioses *solares* y deidades *radiantes*, véase el Alba, el Sol, o Aurora, Febo, Apolo, etc., en relación, de una manera u otra, con la música y el canto, en pocas palabras, con el *sonido*, asociándolos, entonces, con la refulgencia y el color.<sup>11</sup>

Si ésta es aún una simple suposición, en los Vedas se encuentra una prueba mejor: la *invariable asociación* de las concepciones de las palabras: “sonido” y “luz”, “oír” y “ver”. En el Himno x, 71, versículo 4, leemos: “Una persona, aunque  *mire, no ve el habla* y la otra, aún *viendo, no la oye*.”

<sup>9</sup> “Anales de Ocultismo”, Noviembre y Diciembre 1882. Periódico de Medicina Occidental, cuarto Trimestre, 1882.

<sup>10</sup> Introducción a la Mitología de la Odisea. “Voyvodsky.”

<sup>11</sup> Ensayo sobre los Cultos báquicos de las Naciones Indo-Europeas.



Nuevamente, el séptimo versículo trata de un grupo de amigos mientras emulan los unos a los otros en el canto. Los caracteriza un epíteto doble colocado en yuxtaposición, *Akshavanta* y *Karnavanta* o: “uno está provisto de ojos y el otro de orejas.” Esta última expresión es natural en cuanto el cantante tiene un *buen oído para la música* y el epíteto es comprensible considerando la emulación musical. Sin embargo, en este caso, ¿qué sentido puede tener *Akshavanta*, con su buena vista, si no existe una conexión y una acepción en esto inexplicadas, porque, probablemente, el himno se refiere a los días en los cuales la *vista* y el *oído* eran sinónimos? Además, un filólogo, un Orientalista de renombre, nos dice que: “la raíz verbal sánscrita Arc se usa para denotar dos sentidos: (a) “cantar” y (b), “brillar”, irradiar rayos. Los sustantivos *rc* y *arka*, derivados de la raíz Arc, se emplean para indicar (1) una *canción*, un *himno* y (2) la *refulgencia*, el rayo, el sol [...] Según explica, en la concepción de los antiguos, un *discurso podía ser visible*. La Doctrina Esotérica, ese solvente universal de todas las dificultades y enigmas científicos, ¿qué dice con respecto a esto? Nos remite al capítulo de la *Evolución de las Razas* que representa el ser primitivo, en su desarrollo particular, mientras adelanta en el plano físico, desenvolviendo un sentido en cada subraza sucesiva (cuyo total es siete) de la primera Raza Raíz durante la cuarta Ronda en este globo.<sup>12</sup> El habla *humana*, como la conocemos, empezó a existir en el momento incipiente de la raza Raíz que antecedió la nuestra, la *Cuarta* o la “Atlantiana”, en su primera subraza. Simultáneamente, se desarrolló la *vista* como sentido físico, mientras los otros cuatro sentidos, (con los dos ulteriores, el sexto y el séptimo, que por el momento la ciencia ignora), permanecieron en su estado latente y no desarrollados como sentidos físicos, aunque plenamente desenvueltos como facultades espirituales. Nuestro sentido del *oído* se desarrolló sólo en las terceras subrazas. Por lo tanto, si en su estado incipiente, la “palabra” humana, debido a la ausencia del sentido del oído, era aún menos de lo que podríamos llamar un habla susurrada, siendo una articulación mental de sonidos más que cualquier otra cosa, algo parecido a los sistemas que ahora se elaboran para los sordos y los mudos, es simple comprender como, aún desde estos primeros días, se llegó a asociar el “habla” con la “vista” o, en otras palabras, la gente podía comprenderse mutuamente y *hablar* sólo acudiendo a la *vista* y al *tacto*. El Libro de *Kiu ti* dice: “El sonido *se ve* antes de oírlo.” El rayo precede el fragor del trueno. Al pasar del tiempo y de las nuevas generaciones, la humanidad se abismó más y más *en la materia*, el aspecto físico eclipsó lo espiritual, hasta que la gama completa de los sentidos, que durante las primeras tres razas Raíces habían constituido un único Sentido: la *percepción espiritual*, finalmente se disgregó para formar, desde entonces, cinco sentidos distintos [...]

Sin embargo, estamos en la quinta raza y ya hemos pasado el punto de transición o *axial* de nuestro “ciclo subracial.” Eventualmente, según prueban los fenómenos actuales y el incremento de organismos sensitivos en nuestra edad, esta Humanidad se moverá rápidamente en el sendero de la espiritualidad pura, alcanzando el pináculo (de *nuestra Raza*) al final de la séptima subraza. Expresándolo en un lenguaje más *completo* y más claro, que temo valga sólo para algunos teósofos, en aquel período nos encontraremos en el mismo grado de espiritualidad que perteneció y era natural para la primera subraza de la tercera *Raza raíz* de la Cuarta Ronda. Mientras la segunda mitad de ésta (la mitad en la cual nos encontramos actualmente), se hallará, debido a la ley de correspondencia, sobre líneas paralelas con la *primera* mitad de la Tercera Ronda. A continuación, las palabras de un ser en el cual la Verdad y la Sabiduría viven, a pesar de que a menudo, los críticos profanos y hasta algunos teósofos, las hayan mal interpretado y criticado: “en la primera mitad de la tercera Ronda, la espiritualidad primordial del ser humano fue eclipsada, porque la mentalidad naciente la obnubiló”. En la primera mitad de esa ronda, la humanidad encontrábase en su *arco descendente*, mientras en la última mitad en su arco ascendente. Es decir: “la altura *gigantesca* del ser humano había disminuído y su cuerpo había mejorado el tejido. Se había convertido en un ser más racional, sin embargo era aún más un mono que un hombre-*Deva*.” Entonces, si así es, según esta misma ley de correspondencias, que es inmutable en el sistema de los ciclos, debemos suponer lo siguiente: la última mitad de nuestra Ronda, que corresponde, según se muestra, con la primera mitad de la tercera, debe haber ya empezado a ser, una vez más, iluminada por la espiritualidad “primordial” renaciente que, al final de la cuarta Ronda, habrá casi eclipsado nuestra mentalidad actual, en el sentido de la fría Razón *humana*.

Muy pronto, conforme al principio de esta misma ley de correspondencia, cuya presentación y circunstanciada explicación se entaña en la inminente Doctrina Secreta, la humanidad civilizada empezará a mostrarse, si bien menos “racional” en el *plano terráqueo*, de todos modos, más como un *Deva* que como un “mono”, que es lo que actualmente somos y esto en un grado muy aflictivo.

---

<sup>12</sup> Véase “Budismo Esotérico” en lo que concierne a las Rondas, a los períodos del Mundo y a las Subrazas. El capítulo al cual se hace referencia, aparece en la “Doctrina Secreta” cuya publicación está próxima.

Puedo concluir observando que, como nuestras proclividades naturales y aún “simiescas” nos inducen a temer, individual y colectivamente, que la opinión pública nos catapulte fuera de aquella región en la cual todos los cuerpos más pequeños gravitan hacia la ciencia y su autoridad, el astro de nuestro sistema solar social, es preciso hacer algo para remediar tal condición desastrosa. En mi próximo artículo, me propongo a mostrar que, como estamos aún sólo en la quinta subraza de la raza Madre y ninguno de nosotros vivirá para ver la séptima, cuando las cosas se arreglarán naturalmente, convendría no depositar nuestras esperanzas en la ciencia, ya sea ortodoxa o semiherética. Los científicos no pueden ayudar al mundo a comprender la *razón fundamental* de los fenómenos, la cual permanecerá, por algún tiempo, inexplicable hasta para ellos. No la pueden comprender ni elucidar, igual que cualquier otro que no haya estudiado el ocultismo y las leyes ocultas, las cuales gobiernan la naturaleza y rigen a la humanidad. En esta coyuntura los científicos se encuentran *impotentes*, por lo tanto es injusto imputarles una actitud maliciosa o hasta recalcitrante, como se ha hecho a menudo. Su *racionalidad* (que en este caso es *intelectualidad* y no *razón*), nunca les permitirá dirigir su atención al estudio oculto. Por ello, es inútil exigir o esperar de nuestros eruditos lo que están absolutamente incapacitados para hacer por nosotros, hasta que el ciclo cambie transformando, enteramente, su naturaleza *interior* “mejorando el tejido” de sus mentes espirituales.

## II

Como ya se ha observado, el binomio: facultades médicas y cuerpo científico de los físicos no pudo jamás explicar el *primum mobile* o el *motivo principal* del fenómeno más simple sin recurrir a causas puramente fisiológicas. Y a menos que pida ayuda al ocultismo, deberá debatirse en la duda hasta que gran parte del siglo XX haya transcurrido.

Esta parece ser una afirmación intrépida. Sin embargo, lo que enuncian ciertas celebridades médicas la justifica ampliamente; ya que, según ellos, *no existe ningún fenómeno cuyas causas no sean fisiológicas o puramente físicas*. Podrían invertir lo anterior diciendo: *ninguna investigación final es posible valiéndose sólo de la luz de causas fisiológicas y físicas*. Esto sería correcto. Además, podrían agregar que, como científicos, no es posible que empleen otros métodos de investigación. Por lo tanto, habiendo conducido sus experimentos hasta cierta linde, desistirán y declararán la realización de *su* tarea. Después, los fenómenos podrían pasar a la especulación de los trascendentalistas y de los filósofos. Si se hubiesen expresado en este espíritu sincero, nadie tendría el derecho de decir que no habían cumplido con su deber; ya que hubieran efectuado lo mejor posible bajo las circunstancias y, como vamos a demostrar, no podían hacer nada más. Sin embargo, actualmente, los médicos neuropáticos, simplemente impiden el adelanto del verdadero conocimiento psicológico. Su tarea jamás terminará en un éxito a menos que exista una apertura, por pequeña que sea, capaz de dejar filtrar un rayo del *ser* superior del individuo para disipar la oscuridad de las concepciones puramente materiales de la morada de su intelecto, sustituyéndolas con la luz de un plano de existencia enteramente desconocido para los sentidos ordinarios. Además, para que todos estos casos anormales se manifiesten a nuestros sentidos físicos y espirituales; en otras palabras, se conviertan en objetivos, sus causas generativas deben siempre combinarse entre las dos esferas o planos de existencia: lo físico y lo espiritual. Por ende, es natural que un materialista discierna sólo aquellas con las cuales está familiarizado, permaneciendo en la oscuridad en lo que concierne a cualquier otra. La siguiente ilustración aclarará esto para todo lector intelectual.

Cuando hablamos de la luz, del calor, del sonido y así sucesivamente, ¿qué queremos decir? Cada uno de estos fenómenos naturales existe como tal. Sin embargo, para nosotros es inexistente independientemente de nuestros sentidos y su existencia depende del grado en el cual un sentido que le corresponde en nosotros, lo percibe. Algunos seres, aún no estando mínimamente sordos, ni ciegos, están dotados de un oído y una vista mucho menos agudos que sus semejantes y es un hecho notorio que nuestros sentidos pueden desarrollarse y entrenarse mediante el ejercicio y el método, como los músculos. Según un antiguo axioma: el sol necesita un ojo para manifestar su luz y aunque la energía solar exista

desde la primera vibración de nuestro Manvantara y continuará hasta el soplo mortal incipiente del Pralaya, si una cierta porción de dicha luz no provocara en nosotros las modificaciones que llamamos la percepción de la luz; la oscuridad más intensa inundaría el Cosmos y negaríamos la mera existencia del sol. La ciencia hace una distinción entre las dos energías: calórica y luminosa. Sin embargo, según su misma enseñanza: la criatura o el ser en el cual las acciones externas correspondientes causaran una modificación homogénea, no podría discernir ninguna diferencia entre la luz y el calor. En cambio, la criatura o el ser en el que los rayos oscuros del espectro solar edujeeran las modificaciones que los rayos brillantes provocan en nosotros, vería la luz donde nosotros no vemos nada en absoluto.

El señor A. Butlerof, profesor de química y científico eminente, presenta muchas ilustraciones de lo susodicho. Apunta las observaciones de John Lubbock acerca del sentido del color en las hormigas. Este eximio científico discernió que las hormigas no dejan que sus huevos permanezcan expuestos a la luz, trasladándolos, de inmediato, de un lugar iluminado a otro oscuro. Mas cuando se enciende un rayo *rojo* sobre estos huevos (larvas), las hormigas no los tocan, como si estuviesen en completa oscuridad. Colocan sus huevos ya sea bajo un rayo rojo o en las tinieblas. Para ellas la luz roja es inexistente porque no la ven y por lo tanto la consideran oscuridad. Los rayos brillantes, especialmente aquellos más próximos al rojo: el color naranja y amarillo, ejercen una impresión muy débil sobre ellas. Mientras los rayos azul claro y oscuro y el violáceo las impresionan mucho. Al iluminar sus nidos con rayos parcialmente violetas y rojos, inmediatamente transfieren sus huevos del área violeta a la roja. Consecuentemente, para la hormiga, el rayo violeta es el más brillante de todos los rayos del espectro. Por lo tanto, su sentido del color es lo opuesto al del ser humano.

Sin embargo, otro hecho refuerza más este contraste. Como todos saben, el espectro solar contiene, además de los rayos de luz, los llamados rayos de calor (rojos) y químicos (violetas). Nosotros no percibimos ni el uno ni el otro, mas los definimos *rayos oscuros*, mientras las hormigas los captan claramente; ya que, tan pronto como sus huevos están sujetos a la acción de estos rayos oscuros, ellas los desalojan de esta área, que para nosotros son tinieblas, colocándolos en el campo iluminado por el rayo *rojo*. Así, para las hormigas, el *rayo químico es el violeta*. Por lo tanto, el profesor dice: “Debido a tal particularidad, los objetos que las hormigas ven, deben parecerles muy distintos de como se nos presentan a nosotros. Evidentemente, estos insectos discernen, en la naturaleza, matices y colores acerca de los cuales no tenemos, ni podemos tener, la más leve concepción. Admitamos, por un momento, la existencia, en la naturaleza, de objetos tales capaces de absorber todos los rayos del espectro solar, emanando sólo los químicos: estos objetos *permanecerían invisibles para nosotros*, mientras las hormigas los percibirían muy bien.”

Ahora, que el lector se imagine, por un momento, lo siguiente: la posibilidad, en los poderes humanos y mediante el auxilio de las ciencias secretas, de preparar, en primer lugar, un “objeto” (llámesele *talismán*, si queréis) el cual, deteniendo, por un intersticio de tiempo más o menos breve, los rayos del “espectro solar” sobre algún punto dado, haga invisible, para todos, a su manipulador, porque se sitúa y se mantiene dentro del perímetro de los rayos químicos u “oscuros”. En *segundo lugar*, la posibilidad de invertir tal proceso para llegar a poder ver en la naturaleza, mediante la ayuda de estos rayos oscuros, lo que los seres humanos ordinarios, desprovistos de tal “talismán”, ¡jamás podrían ver con su simple vista natural! Esta puede ser una simple suposición o una declaración muy seria que todos los científicos conocen. Ellos impugnan sólo lo que se afirma ser sobrenatural, en cima o fuera de *su* Naturaleza. No tienen ningún derecho a objetar la aceptación del *sobresensible*, si se muestra que existe en las lindes de nuestro mundo sensible.

Lo mismo vale en el caso de la acústica. Numerosas observaciones han mostrado que las hormigas son completamente sordas a los sonidos que oímos, sin embargo no es una razón suficiente por suponer que las hormigas son sordas. En realidad, el mismo científico, asumiendo una posición en sus numerosas observaciones, considera necesario aceptar que estos insectos oyen los sonidos, “pero no aquellos perceptibles para nosotros.”

Todo órgano del oído es sensible a las vibraciones de una dada velocidad, sin embargo, en los casos de criaturas diferentes, tal velocidad puede, muy simplemente, no coincidir. Esto no sólo acontece en el caso de criaturas efectivamente distintas a nosotros; sino aún en aquellos mortales cuyas organizaciones son particulares, *anormales* según se definen, debido a factores naturales o por medio de entrenamiento.<sup>13</sup> Nuestro oído *ordinario*, por ejemplo, es insensible a las vibraciones superiores de 38 mil por segundo, mientras el órgano auditivo, no sólo de las hormigas; sino de ciertos mortales, *quienes saben como no dañar el tímpano y como provocar ciertas correlaciones en el éter*, pueden ser muy sensitivos a

---

<sup>13</sup> “Isis sin Velo” presenta el caso de los oriundos de Kashmiri, especialmente las chicas que trabajan en la producción de chales, las cuales perciben 300 tonalidades más que los europeos.

vibraciones que rebasan las 38 mil por segundo. Por lo tanto, tal órgano auditivo, considerado *anormal* sólo en las limitaciones de la ciencia exacta, podría permitir, naturalmente, a su poseedor, ya sea un ser humano o una hormiga, gozar de sonidos y melodías naturales que escapan al tímpano ordinario. El Profesor Butlerof, citando a Lubbock, dice: “Allá, donde para nuestros sentidos reina un silencio mortal, el oído de las hormigas puede solazarse con profusos sonidos los más heteróclitos y extraños. Por lo tanto, estos diminutos insectos inteligentes podrían considerarnos con el mismo derecho con el cual nosotros los consideramos a ellos: sordos y extremadamente incapaces de refocilarse con la música de la naturaleza, sólo porque permanecen ajenos al sonido del rifle, al grito humano, al silbido y así sucesivamente.”

Los ejemplos mencionados muestran, suficientemente, que el conocimiento del científico acerca de la naturaleza no puede coincidir, íntegramente, con todo lo que existe y puede encontrarse en ella. Aún sin penetrar en otras esferas y planetas diferentes y manteniéndose rigurosamente en el perímetro de nuestro globo, llega a ser evidente que dentro de él existe una inmensa profusión de cosas invisibles, inaudibles e intangibles para los sentidos humanos ordinarios. Sin embargo, para disipar toda dificultad admitamos, en gracia al argumento, la posible existencia, muy distinta de lo sobrenatural, de una ciencia que enseñe a los mortales lo que podríamos definir química y física supersensibles o sea, en palabras más claras, la *alquimia* y la *metafísica* de la naturaleza *concreta*, no abstracta. Desde luego, según la argumentación del mismo profesor: “Si divisamos luz allí donde otro ser está inmerso en la oscuridad y no vemos *nada* donde él experimenta la acción de ondas de luz, si oímos una clase de sonidos y permanecemos sordos a otros, captados, sin embargo, por un insecto diminuto, ¿no es claro, como el día, que no es la naturaleza en su esencia primitiva, por así decirlo, la que está sujeta a nuestra ciencia y a su análisis; sino simplemente esas modificaciones, sentimientos y percepciones que despierta en nosotros? Podemos extrapolar nuestras conclusiones acerca de las cosas externas y las acciones de la naturaleza sólo en consonancia con tales modificaciones, creando, para nosotros, la imagen del mundo que nos rodea. Lo mismo vale en lo que concierne a todo ser “finito”: cuyo juicio de lo exterior se basa sólo en las modificaciones que crea en él (o en éste).”

Y según nosotros éste es el caso del materialista, el cual puede juzgar los fenómenos psíquicos sólo por sus aspectos exteriores y en él no cabe crear ninguna modificación para abrir su percepción al aspecto espiritual de éstos. No obstante la posición diamantina de diversos científicos eminentes, quienes, habiéndose convencido de la realidad de los llamados fenómenos ocultos se han convertido en espiritistas y a pesar de que profesores como Wallace, Hare, Zöllner, Wagner y Butlerof, han extrapolado, en lo que concierne a esta cuestión, todas las argumentaciones que su gran conocimiento pudo sugerirles, hasta la fecha, sus contrincantes los han tenido siempre en jaque. Algunos de ellos no niegan el hecho de acontecimientos fenoménicos, sin embargo sostienen que el punto eje en la gran reyerta entre los trascendentalistas del espiritismo y los materialistas, consiste simplemente en la naturaleza de la *fuera operativa*, el *primum mobile* o el poder en actividad. Ellos hacen hincapié en este punto crucial: los espiritistas no pueden probar, “de manera *satisfactoria para las exigencias de la ciencia exacta* o del público escéptico en dicho asunto”, que este agente es aquel de los *espíritus inteligentes de los seres humanos extintos*. Su posición, considerada de este aspecto, es inexpugnable.

El lector teosófico entenderá, fácilmente, que es intrascendente si la negación se refiere al epíteto de “espíritus” puros y simples o a aquello de cualquier otro ser inteligente ya sea humano, sub-humano, sobre-humano o hasta a una Fuerza, si la ciencia lo desconoce y lo rechaza a priori tratando, precisamente, de circunscribir tales manifestaciones a las fuerzas que se encuentran dentro del reino de las ciencias naturales. En definitiva rechaza, rotundamente, la posibilidad de demostrar matemáticamente, que son lo que los espiritistas afirman ser, insistiendo que ya han sido demostrados.

Por lo tanto, resulta obvio que, con respecto a la ciencia moderna, los Teósofos, o mejor dicho, los Ocultistas, deben encontrarse en una posición aún más difícil que aquella en la cual los espiritistas jamás estarán. Desde luego, la mayoría de los científicos no impugna los fenómenos como tales; sino lo que se considera como el ente activo. Si, en el caso de los fenómenos “espiritistas”, son sólo los materialistas a contrastarlos, la situación cambia cuando se trata de nosotros. La teoría de los “Espíritus” debe confrontarse sólo con los escépticos en la sobrevivencia del alma humana. El ocultismo moviliza, en contra de sí, la legión entera de las Academias porque, mientras coloca toda clase de “Espíritus” buenos, malos e indiferentes, en un lugar secundario; si no es que totalmente en el trasfondo, se atreve a negar diversos dogmas científicos más vitales y, en este caso, los idealistas y los materialistas de la ciencia se sienten igualmente indignados, ya que ambos, a pesar de cuanto puedan disentir en concepciones personales, sirven bajo la misma bandera. Existe sólo una ciencia, aunque hay dos escuelas distintas: *idealista* y *materialista* y a ambas se les considera igualmente autoritarias y *ortodoxas* en lo que concierne a la ciencia. Son pocos aquellos, entre nosotros, que han concitado por una opinión científica sobre el ocultismo, han pensado en esto o han comprendido su trascendencia en tal vertiente. La ciencia, a menos

que se remodele completamente, no puede tener voz en el asunto de las enseñanzas ocultas. Cada vez que se investiguen los fenómenos ocultos conforme al plan de los métodos científicos, su explicación resultará ser diez veces más difícil que aquella de los fenómenos espiritistas puros y simples.

Después de haber seguido, por casi una década, los argumentos de muchos oponentes eruditos que pugnaban en favor y en contra de los fenómenos, ahora se hace un intento a fin de someter la cuestión claramente frente a los teósofos. Después de haber leído íntegramente lo que tengo que decir, a ellos les corresponderá usar su juicio en el asunto y decidir si nos queda alguna esperanza para obtener, en ese campo, si no una ayuda eficiente, por lo menos una justa audiencia en favor de las Ciencias Ocultas. Ninguno de sus miembros prestó atención, ni siquiera aquellos cuyos sentidos interiores los han inducido a aceptar la realidad de los fenómenos mediúmnicos.

Esto es natural; ya que, cualquier cosa que sean, son científicos antes de ser espiritistas y algunos de ellos, si no todos, preferirían abandonar su relación y creencia en los mediums y en los espíritus, que ciertos grandes dogmas de la ciencia ortodoxa y exacta. Sin embargo, si se convirtieran en los Ocultistas y se acercaran al umbral del Misterio en el justo espíritu investigativo, deberían abandonar no pocos de estos dogmas.

Es esta dificultad la que yace en la raíz de los recientes problemas de la Teosofía y algunas palabras sobre el tema serían en sazón, especialmente cuando todo el tópico es resumible sucintamente. Los Teósofos que no son Ocultistas no pueden secundar a los investigadores y menos a los científicos. Aquellos que son Ocultistas trabajan siguiendo ciertas líneas que *no osan transgredir*. Su boca está cerrada, sus explicaciones y demostraciones son limitadas. ¿Qué pueden hacer? La ciencia jamás se quedará satisfecha con una explicación parcial.

*Saber, osar, querer y callar* es un notorio lema cabalista, cuya repetición aquí puede parecer superflua. Aún, puede fungir de recordatorio. En realidad, o hemos dicho *demasiado* o *muy poco*. Temo que caemos en la primera categoría y en tal caso hemos expiado por éso, siendo los primeros en sufrir por haber divulgado *demasiado*. Aún lo poquito expresado podría habernos colocado en dificultades peores hace sólo un cuarto de siglo.

La ciencia, es decir la ciencia occidental, debe proceder a lo largo de líneas rigurosamente definidas. Se jacta de sus poderes observativos, inductivos, analíticos y deductivos. Cada vez que en su investigación se le presente un fenómeno de naturaleza anormal, debe disecarlo hasta la raíz o sosloyarlo. Esto es lo que debe hacer y, como mostramos, no puede proceder a lo largo de ningún otro método que no sea inductivo basado, plenamente, en la prueba de los sentidos físicos. Si éstos, coadyuvados por la *perspicacia* científica, no demuestran ser equiparables a la tarea, los investigadores se valdrán, sin ningún escrúpulo, de la policía local como aconteció en los casos históricos de Loudum, la Hechicería de Salem, Morzine, etc. La Sociedad Real llamará a Scotland Yard y la Academia Francesa a sus agentes y todos procederán, naturalmente, en su forma investigativa a fin de ayudar a la ciencia a salir de la dificultad. Por supuesto, en el plano externo se seleccionarán dos o tres casos “cuya naturaleza es extremadamente sospechosa”, declarando los remanentes intrascendentes en cuanto contaminados por aquellos escogidos. El testimonio de los testigos oculares se rechazará, aceptando como algo “irrecusable” la prueba suministrada por personas con ideas preconcebidas cuyas palabras se basan en los rumores. Que el lector consulte los más de 20 volúmenes de las obras de De Merville y de Mousseau, las cuales incluyen más de un siglo de investigación coaccionada en los varios fenómenos por la ciencia y podrá mejor juzgar las maneras en las cuales los científicos, a menudo seres honrados, proceden en tales casos.

¿Qué podríamos esperar, entonces, aún de la escuela *idealística* de la ciencia, cuyos miembros constituyen una minoría tan pequeña? Son estudiantes diligentes y algunos de ellos están abiertos a toda verdad sin equivocación. Aunque no pueden tener ninguna idea personal *predilecta*, que perderían si se demostrara que sus concepciones previas eran erróneas, todavía, en la ciencia ortodoxa, existen ciertos dogmas que aún ellos *jamás se atreverán a transgredir*. Véase sus conceptos axiomáticos sobre la ley de gravitación y aquellos modernos de la Fuerza, la Materia, la Luz, etc., etc.

Al mismo tiempo, se debería tener presente el estado actual de la Humanidad civilizada recordando la posición de las clases cultas en relación con cualquier escuela idealista de pensamiento, prescindiendo de algún asunto de ocultismo. A primera vista discernimos que, cuanto podemos llamar materialismo práctico y burdo imbuye dos tercios de ellos.

“La ciencia teórica materialista reconoce únicamente la Substancia, su deidad y su sólo Dios.” De otro lado, nos dicen que el materialismo práctico reza sólo con lo que conduce directa o indirectamente al beneficio personal. En “*Cartas Científicas*,” el profesor Butlerof, (un espiritista, mas uno que jamás podría aceptar ni las verdades elementales del ocultismo porque no “puede comprenderlas”), dice: “El oro es su ídolo. Un fragmento de materia, la amada substancia de los materialistas teóricos, se transforma en un grumo de fango en las manos sucias del materialismo ético. Si el primero presta sólo poca importancia a

los estados interiores (psíquicos) que sus estados exteriores no demuestran perfectamente, este último soslayará enteramente los estados interiores de la vida [...] Para el materialismo práctico el aspecto espiritual de la existencia no tiene ningún sentido; ya que aquello exterior lo resume todo. La justificación principal y básica de la adoración de lo exterior, se remonta a los dogmas del materialismo que ha legalizado.”

He aquí la clave del asunto completo. Los Teósofos o por lo menos los ocultistas, no tienen nada que esperar de la ciencia y de la sociedad materialista.

Como esta situación es lo que se acepta en la rutina diaria de la vida, aunque eso que interfiere con las aspiraciones morales más elevadas de la humanidad no puede, según creemos, ser longevo, ¿qué podemos hacer si no esperar por un futuro mejor? Entretanto, jamás debemos desanimarnos; ya que, si el materialismo, el cual ha despoblado el cielo y los elementos, determinado a convertir el Kosmos<sup>14</sup> ilimitado en una tumba siniestra y angosta, en lugar de una morada eterna, no quiere interferir con nosotros, no podemos hacer otra cosa que dejarlo en paz.

Desafortunadamente se inmiscuye. Nadie se expresa tan elocuentemente, como lo hacen los materialistas, sobre la exactitud de la observación científica, el uso adecuado de los propios sentidos y la propia razón completamente emancipada de todo prejuicio. Sin embargo, tan pronto como alguien que ha investigado los fenómenos con el mismo espíritu de imparcialidad y justicia, reivindica el idéntico privilegio; entonces, su testimonio no vale nada. El profesor Butlerof escribe: “Si tal número de mentes científicas habituadas por los años de entrenamientos a la observación y verificación más diminuta, atestan ciertos hechos, a la sazón existe una improbabilidad evidente que todos deberían equivocarse.” Sin embargo, sus oponentes constestan y nosotros de consuno: “Pero *han* errado y en la manera más irrisoria.”

Esto nos retrotrae a un antiguo axioma de la filosofía esotérica: “*nada de lo que no existe en algún lugar, ya sea en el Kosmos visible o invisible, puede reproducirse artificialmente o siquiera en el pensamiento humano.*”

Un teósofo aguerrido, tan pronto como lo oyó, exclamó: “¿Qué insensatez es ésta? Supongamos que piense en una torre animada provista de cuartos y una cabeza humana parlante que se me acerca, ¿puede existir algo por el estilo en el universo?”

“O papagayos que salen de cascarones de almendras”, dijo otro escéptico. Se les respondió: “¿Por qué no?”, por supuesto no en esta tierra. Sin embargo, ¿cómo podemos saber que no existen seres como aquellos descritos: con cuerpos de torre y cabeza humana, en algún otro planeta? Según Pitágoras la imaginación es simplemente la memoria de los nacimientos previos. Por lo visto, usted hubiera podido ser un “hombre-torre”, dotado de cuartos en los cuales su familia podía refugiarse como los pequeños de los canguros. Con respecto a los papagayos que nacían de cascarones de almendras nadie puede jurar que en la naturaleza de antaño, cuando la evolución dio a luz a monstruos mucho más curiosos, no existiese algo semejante. Un pájaro que procede del fruto de un árbol puede ser, quizá, uno de estos innumerables procesos que la evolución abandonó hace muchas edades y cuyo último susurro de su eco se perdió en el estruendo del Diluvio. Según los cabalistas: “El mineral se convierte en una planta, la planta en un animal, un animal en un ser humano, etc.”

Al hablar de la prueba y la confiabilidad de los sentidos, en el pasado, hasta los más grandes científicos no sólo creyeron en tal cosa; sino que la enseñaron como *hecho científico, según parece.*

“¿Cuándo aconteció?” se preguntó incredulamente. “No hace mucho tiempo, más o menos 280 años, en Inglaterra.” Al final del siglo XVI, la extraña creencia según la cual existía una clase de pájaro marino que nacía de un fruto, no estaba circunscrita sólo a los habitantes de las ciudades portuarias inglesas. Hubo un tiempo cuando la mayoría de los científicos creía firmemente que era un hecho y lo enseñaban en conformidad. Según se afirmaba: el fruto de ciertos árboles que crecían a lo largo de la orilla marina, una especie de magnolia, con sus ramas generalmente sumergidas en el agua salada, paulatinamente se transformaban, gracias a ésta, en una forma crustácea particular la cual, en el momento propicio, emergía como un pájaro marino viviente que en los antiguos libros de historia natural se conocía con el nombre de “pato marino.” Algunos naturalistas aceptaron la historia como un hecho inconcuso. La observaron y la investigaron durante muchos años y “las más grandes autoridades aceptaron y aprobaron el descubrimiento del día, publicándolo bajo los auspicios de alguna sociedad erudita. Uno de los creyentes en el “pato marino” era John Gerard, un botánico, quien comunicó al mundo el sorprendente fenómeno, en una obra erudita, en 1596 en la cual lo describe declarándolo: “*un hecho en la evidencia de sus*

---

<sup>14</sup> H.P.B. emplea el término Cosmos (con C), refiriéndose sólo al Cosmos visible: nuestro sistema solar, mientras cuando lo deletrea con K, Kosmos, implica la manifestación manvantárica integral, el Kosmos universal, del cual participa nuestro sistema planetario. (N.d. T)

*sentidos*. El mismo lo ha visto, ha tocado el fruto-huevo día tras día”, ha observado su crecimiento y desarrollo personalmente y tuvo la buena suerte de presenciar el nacimiento de uno de estos pájaros. Primero vio las piernas del polluelo que salían del cascarón roto y después todo el cuerpo del pato marino “que, de inmediato, empezó a nadar.”<sup>15</sup> El botánico estaba tan convencido de la veracidad del asunto en su totalidad, que termina su descripción invitando a todo escéptico de la realidad que presencié, a visitarlo, así que se prodigaría para convertirlo en un testigo ocular del proceso integral. Robert Murray, otro sapiente inglés y una autoridad en sus tiempos, aboga por la realidad de la transformación, la cual él también presencié.<sup>16</sup> Otros letrados, contemporáneos de Gerard y Murray, Funck, Aldrovandi y muchos más, compartieron tal convicción.<sup>17</sup> Entonces, ¿qué decir con respecto a este “pato marino?”

Bueno, preferiría llamarlo el “pato de Gerard y Murray.” Esto no es causa de escarnio hacia los errores de los primeros científicos. Antes del transcurso de 200 años, nuestros descendientes tendrán amplias oportunidades de burlarse de la generación actual de los miembros de la Sociedad Regia y de sus seguidores. Desde luego, el oponente a los fenómenos quien mencionó el relato del “pato marino”, tiene mucha razón en esta vertiente, sin embargo, dicha prueba es un arma de doble filo; ya que, al sustentarla como evidencia que hasta las autoridades científicas, las cuales creen en el espiritismo y en los fenómenos, pueden haberse equivocado inmensamente a pesar de todas sus observaciones y entrenamiento científico, podríamos invertir el arma usándola de manera opuesta: como prueba tajante que ninguna “perspicacia” y amparo de la ciencia puede probar un fenómeno “fruto del fraude y de la credulidad”, cuando los testigos oculares del acontecimiento saben que es, al menos, un hecho. Todo ésto demuestra, simplemente, que aún la prueba de los sentidos y poderes observativos científicos bien entrenados puede ser, en ambos casos, errónea como acontece con cualquier otro mortal, especialmente en las situaciones en las cuales se trate de refutar los acontecimientos fenoménicos. Aún la observación colectiva no tendría ningún valor cada vez que un fenómeno pertenezca a un plano del ser que algunos científicos llaman, (impropiamente en este caso), la cuarta dimensión del espacio y cuando otros científicos que lo investigan carecen del *sexto sentido* que corresponde a ese plano.

En la polémica literaria que se suscitó, hace algunos años, entre dos profesores ínclitos, la cuarta dimensión, ahora por siempre famosa, fue un tema elocuentemente tratado. Uno de ellos dijo a los lectores que, mientras aceptaba la posibilidad únicamente de las “ciencias naturales terrenales”: la ciencia directa o inductiva, “o la investigación exacta sólo de los fenómenos que se producen en nuestras *condiciones terrestres de espacio y tiempo*”, afirmaba que jamás podría permitirse descuidar las posibilidades del futuro. El profesor-espiritista agregó: “Quería recordar a mis colegas que nuestras suposiciones, fruto de lo que ya se adquirió mediante la investigación, deben trascender mucho nuestras percepciones sensitivas. Los límites del conocimiento sensorial deben sujetarse a una constante ampliación que debería incrementarse en el caso de la deducción. ¿Quién osará determinar estos límites para el futuro? [...] Como existimos en un espacio tridimensional, podemos conducir nuestras investigaciones y ejecutar nuestras observaciones sólo sobre lo que acontece entre estas tres dimensiones. Sin embargo, ¿qué puede detenernos de pensar en un espacio con dimensiones superiores, elaborando una geometría que le corresponda? [...] Por el momento, arrinconemos la realidad de una cuarta dimensión espacial, mas podemos continuar observando y atisbando si, ocasionalmente, en nuestro mundo tridimensional, se verifican fenómenos explicables sólo recurriendo a la suposición de la cuarta dimensión del espacio.” En otras palabras: “deberíamos cerciorarnos si alguna cosa de las regiones cuadrimensionales puede manifestarse en nuestro mundo tridimensional [...] ¿tal vez no pueda reflejarse en éste? [...]”

El ocultista contestaría que nuestros sentidos son, innegablemente, alcanzables en este plano, no sólo desde un mundo cuadrimensional; sino que penta y exa-dimensional. Sin embargo, dichos sentidos deben *espiritualizarse* suficientemente para que ésto acontezca, ya que sólo nuestro sentido interior puede llegar a ser el vehículo de tal transmisión. Los seres y las cosas cuadrimensionales pueden *reflejarse* en nuestro mundo tridimensional de materia burda como “la proyección de un objeto existente en un espacio de tres dimensiones puede aparecer en la superficie plana de una pantalla bidimensional.” Como se

---

<sup>15</sup> Desde “Cartas Científicas” la número XXIV, Contra la Evidencia Científica en la Cuestión de los Fenómenos.

<sup>16</sup> Habla de la transformación de la manera siguiente, según la traducción del latín de sus palabras. “Después de la transformación de los frutos de las ramas en conchas, en cada concha que abrí encontré las exactas formas en miniatura del ave marina, un pequeño pico como el del pato, ojos bien marcados, la cabeza, el cuello, el pecho, las alas, las piernas y los pies ya formados con plumas bien definidas en la cola de un color oscuro, etc., etc.”

<sup>17</sup> Es evidente que en la segunda mitad del siglo xvii esta idea era de dominio público ya que se labró su lugar en Hudibras, que era un reflejo exacto de las opiniones de esos días:

“El percebe se torna en Pato Polaco en las islas de las Orcades.”

necesitaría un físico experto para que indujese a su público a creer que las cosas “reales como la vida”, que ve en la pantalla, no son sombras sino realidades, sería menester una persona más sabia que todos nosotros para persuadir a un científico y menos un acopio de científicos, que cuanto ve reflejado en nuestra “pantalla” tridimensional, a veces y bajo ciertas condiciones, puede ser un fenómeno auténtico cuyo reflejo y producción se debe a “poderes cuadrimensionales”, los cuales lo hicieron para su refocilación privada y como medio para convencerlo. Según un dicho cabalístico: “Nada es tan falso, en apariencia, como la mera verdad”, mientras un axioma mundialmente conocido dice: “A menudo, la verdad es más extraña que la ficción.”

Se necesita más que un hombre de nuestra ciencia moderna para percatarse de tal posibilidad como un intercambio de fenómenos entre los dos mundos: visible e invisible. Es menester un intelecto altamente espiritual o muy impresionable para descifrar, intuitivamente, lo real de lo irreal, lo natural de la “pantalla” artificialmente preparada. Sin embargo, nuestra edad es reaccionaria, clavada en el extremo último de la espiral Cíclica, o su parte remanente. Esto explica la profusión de fenómenos y también la ceguera de ciertas personas.

¿Cuál es la respuesta que la ciencia materialista da a la teoría idealista de un espacio cuadrimensional? “¿Cómo!” exclama, “mientras nos encontramos circunscritos en el círculo imposible del espacio tridimensional, ¿queréis que tratemos de pensar en un espacio de dimensiones superiores? ¿Cómo es posible pensar en eso que nuestro pensamiento humano jamás podrá imaginar, ni representar, hasta en sus perfiles más nebulosos? Se necesita un ser muy distinto al humano, dotado de una organización psíquica muy diferente, en pocas palabras, no puede ser un hombre para poder representar en su pensamiento un espacio cuadrimensional, una cosa que tiene longitud, amplitud, volumen ¿y qué más?”

¿“Qué más” de verdad? Ya que ninguno de los científicos que lo abogan, quizá porque son espiritistas sinceros y ansían explicar los fenómenos por medio de ese espacio, parecen saberlo. ¿Es el “tránsito de la materia a través de la materia?” Entonces, ¿por qué insistir en que es un “espacio” cuando es simplemente otro *plano de existencia* o por lo menos eso es lo que debería significar, si tiene algún sentido? Nosotros, los ocultistas, decimos y sostenemos que si se necesita un nombre para satisfacer las concepciones materiales humanas en nuestro plano bajo, que se use su nombre hindú: *Mahas* (o Mahaloka), el cuarto mundo del septenario superior, aquel que corresponde a *Rasatala* (el cuarto de la séptima cadena de mundos menores), los 14 mundos que “surgieron de los elementos quintuplicados”; ya que estos dos mundos están envolviendo, por así decirlo, a nuestra actual cuarta ronda del mundo. Todo hindú comprenderá lo que tratamos de expresar. *Mahas* es un mundo superior o mejor dicho, un plano de existencia como aquel al que pertenece la hormiga y que acabamos de mencionar, el cual, quizá, es un plano inferior de las cadenas septenarias menores. Si lo llamaran así tendrían razón.

En realidad, las personas hablan de este espacio cuadrimensional como si fuese una localidad, una esfera en lugar de ser lo que es: un estado de Ser muy distinto. Desde que el profesor Zöllner volvió a despertarlo en las mentes humanas, nos ha conducido a una confusión interminable. ¿Cómo aconteció? Mediante un análisis matemático recóndito, un científico con una mente espiritual llegó a la conclusión loable de que nuestra concepción del espacio puede ser falible, ni se ha demostrado con certeza que más allá de nuestros cálculos tridimensionales, sea matemáticamente imposible la existencia de espacios con más o menos dimensiones en el extenso Universo. Sin embargo, como bien expresa un escéptico: “confesar la posible existencia de espacios con diferentes dimensiones respecto al nuestro, no nos suministra (a los grandes matemáticos), la mínima concepción de que son realmente estas dimensiones. Aceptar un espacio ‘cuadrimensional’ superior es como aceptar la infinitud: tal aceptación no nos entrega la más leve ayuda mediante la cual podemos representar una de éstas [...] todo lo que sabemos de tales espacios superiores es que no tienen nada en común con nuestra concepción de espacio.” (“Cartas Científicas”).

Obviamente, la expresión: “*nuestra concepción*”, implica aquella de la ciencia *materialista*, dejando, entonces, un margen muy amplio para otras mentes menos científicas pero más espirituales.

Para mostrar el esfuerzo fútil de integrar siempre una mente materialista a fin de realizar o aún concebir de forma más remota y vaga la presencia, entre nosotros, en nuestro mundo tridimensional, de otros planos superiores del ser, citaré de las objeciones más interesantes sobre este “Espacio”, elaboradas por uno de los dos oponentes eruditos<sup>18</sup> acerca de los cuales ya hemos hecho referencia.

El pregunta: “¿Es posible introducir, para explicar ciertos fenómenos, la acción de tal factor acerca del cual no sabemos nada, hasta ignorar su naturaleza y sus facultades?”

Acaso existen algunos individuos que pueden “saber” algo y que no se encuentran en la ignorancia sin esperanza. Si se impetrara un ocultista él diría: No, la ciencia física *exacta* debe rehusar su verdadero ser,

---

<sup>18</sup> 1883, “Cartas Científicas” publicadas en el “Novoye Vremya, San Petesburgo.”



de otra manera esa ciencia se convertiría en *metafísica*. No puede analizarse y por lo tanto explicarse, valiéndose de datos biológicos o aún fisiológicos. Sin embargo es posible, por ejemplo, inductivamente, como la *gravitación*, acerca de la cual nuestro conocimiento no trasciende los efectos observables en la tierra tridimensional.”

Nuevamente (1): “Se dice”, (por los defensores de la teoría), “¡que vivimos *incondicionalmente* en nuestro espacio tridimensional!” Quizá (*incondicionalmente*) “sólo porque podemos comprender tal espacio y, debido a nuestra organización, estamos totalmente incapacitados a realizarlo en alguna otra forma ¡que no sea aquella tridimensional!”

(2) En otras palabras: “aún nuestro espacio tridimensional no es algo que *existe independientemente*, sino es la simple representación del producto de nuestra comprensión y de nuestras percepciones.”

A la primera declaración el ocultismo contesta que, a aquellos “incapaces de realizar” algún otro espacio que no sea el tridimensional, les convendría no inmiscuirse en todos los demás. Pero no se “debe a nuestra organización (humana)”; sino sólo a la organización intelectual de las personas incapaces de concebir algún otro espacio, a los organismos no desarrollados espiritual y mentalmente en la justa dirección. Con respecto a la segunda declaración, contestaría que el “opponente” expresa algo absolutamente erróneo en el primer segmento de su frase y algo absolutamente correcto en el último. Desde luego, aunque la existencia de la “cuarta dimensión”, si así debemos llamarla, no está más *independiente* de nuestras percepciones y sentidos que nuestro espacio tridimensional *imaginado*, ni existe como una localidad, sin embargo *es* y existe para los seres evolucionados y nacidos en ella como “un producto de su comprensión y *sus* percepciones.” La naturaleza jamás traza líneas de demarcación excesivamente rígidas, nunca construye barreras inexpugnables y sus “abismos” inconmensurables existen simplemente en las concepciones sossegadas de ciertos naturalistas. Los dos (y más) “espacios” o planos del ser están suficientemente entrelazados para permitir una comunicación entre aquellos de sus respectivos habitantes capaces de concebir un plano superior e inferior. Pueden existir seres anfibios en el plano intelectual como hay criaturas anfibias en el terrestre.

El opositor a un plano de cuarta dimensión, se queja que los espiritistas aplican y usan erróneamente la sección de alta matemática conocida actualmente con el nombre de “Metamatemática” o “Metageometría”. “La han aferrado, atenazándosele como una ancla de salvación”. Sus argumentaciones son, al menos, curiosas. Según dice: “En lugar de probar la realidad de sus fenómenos mediumnísticos, han emprendido explicarlos basándose en la hipótesis de una cuarta dimensión.” Vemos la mano de una Katie King (espectro) desaparecer en el “espacio ignoto” y por lo tanto en el proscenio, la *cuarta* dimensión. Es posible tener nudos en una cuerda cuyos dos extremos están atados y sellados. Nuevamente, la cuarta dimensión. Según este punto de vista el espacio es considerado como algo objetivo. En realidad, se cree que en la naturaleza existen espacios, tri-, cuadri- y penta-dimensionales. Sin embargo, recurriendo primero a un análisis matemático podemos llegar, de esta manera, a una serie interminable de *espacios*. Pensemos en lo que se tornaría la ciencia exacta si para explicar los fenómenos se valiera de estos hipotéticos *espacios*. “Si uno fallara, podríamos integrar otro, otro más elevado y así sucesivamente [...]”

¡Oh, pobre Kant! y aún, se nos dice que uno de sus principios fundamentales era que nuestro espacio tridimensional no es absoluto y “nuestro conocimiento y ciencias pueden ser sólo relativamente exactos y reales hasta en el caso de tales axiomas como los de la geometría euclidiana.”

Sin embargo, ¿por qué deberíamos pensar que la ciencia exacta está en peligro sólo debido al hecho de que los espiritistas tratan de explicar sus fenómenos en aquel plano? ¿Sobre cuál otro podrían elucidar lo que es inexplicable, analizándolo según las concepciones tridimensionales de la ciencia terrestre, si no mediante una concepción cuadridimensional? Ningún ser, mentalmente sano, emprendería la explicación del *Demon* de Sócrates valiéndose de la forma nasal del gran sabio y nadie atribuiría la inspiración de la obra: “La Luz de Asia”, a la pared craneal superior de Edwin Arnold. ¿Qué acontecería verdaderamente a la ciencia, si dejáramos que dichas hipótesis explicaran los fenómenos? Esperemos que nada peor de lo que en lo cual la ciencia se convirtió después de que la Real Sociedad aceptó su teoría moderna de la *Luz*, según la hipótesis de un *Eter* universal. El éter es “un producto de nuestra comprensión” como lo es el Espacio. Entonces, si el uno puede aceptarse, ¿por qué rechazar el otro? ¿Es porque uno puede ser materializado en nuestras concepciones, o deberíamos decir, que debería ser materializado; ya que no había ninguna ayuda para éso; y que el otro, siendo inútil como hipótesis para los propósitos de la ciencia exacta todavía no ha sido materializado?

En lo que concierne a los Ocultistas, ellos concuerdan, unánimemente, con la respuesta que los hombres de la ciencia ortodoxa rigurosa dan, cuando se les somete la siguiente proposición: “experimentar y observar si en nuestro mundo tridimensional acontecen fenómenos explicables sólo según la hipótesis de la existencia de un espacio con cuatro dimensiones.” Ellos contestan: “Bueno, ¿la observación y la

experimentación suministrarían una respuesta satisfactoria a nuestra interrogante concerniente a la existencia real de un espacio superior cuatridimensional? ¿o solucionarían una disyuntiva irresoluble a pesar de cual vertiente se aborde? Nuestra observación y nuestros experimentos humanos, siendo posibles sólo *incondicionalmente* dentro de los límites de un espacio tridimensional, ¿de qué manera pueden servirnos como punto de partida para reconocer fenómenos explicables “*sólo si admitimos la existencia de un espacio cuatridimensional?*”

Según nosotros, las objeciones anteriores son correctas y los únicos perdedores serían los espiritistas si alguna vez quisieran probar la existencia de tal espacio o su interferencia en sus fenómenos. Veamos lo que acontecería. Tan pronto como se demostrara que un anillo pasa a través del tegumento sólido, trasladándose del brazo del medium a aquel del investigador que ase las manos del primero, o que las flores y otras cosas materiales se entregan a través de puertas y paredes cerradas y que, debido a ciertas condiciones excepcionales, la materia puede pasar a través de la materia, los científicos, colectivamente hablando, no se convencerían del hecho antes de que la teoría integral de la actividad del espíritu y de la intervención inteligente, se disipara en la nada. No se interferiría con el espacio tridimensional; ya que el pasaje de un sólido a través de otro no implica que desdibuje aún las dimensiones metageométricas, mas probablemente, los eruditos achacarían a la materia una facultad ulterior, robusteciendo, entonces, la posición de los materialistas. ¿Se avecinaría, el mundo, a una solución del misterio psíquico? Las aspiraciones humanas más nobles hacia el conocimiento de la verdadera existencia espiritual en esos planos del ser, actualmente confundidos con el “espacio cuatridimensional” ¿se acercaría más a la solución en cuanto la ciencia exacta admitiera, como ley física, la acción de un hombre que camina, deliberadamente, a través del cuerpo físico de otro o de una pared de piedra? Según la enseñanza de la ciencia oculta: al final de la Cuarta Raza la materia, la cual se desarrolla, adelanta y cambia, y nosotros de consuno con el resto de los reinos naturales, adquirirá su cuarto sentido que obtiene en cada nueva Raza. Así, un ocultista no notará nada sorprendente en la idea según la cual el mundo físico está sujeto al desarrollo y a la adquisición de nuevas facultades, una simple modificación de la materia, nueva como ahora parece a la ciencia y tan incomprensible como originalmente eran los poderes del vapor, del sonido y de la electricidad. Lo que tiene viso sorprendente es el estancamiento espiritual en el mundo del intelecto y del conocimiento exóterico más elevado.

Sin embargo, nadie puede impedir ni precipitar el progreso del ciclo más pequeño. Quizá el viejo Tácito tenía razón : “La verdad se establece mediante la investigación y el retraso, la falsedad prospera debido a una actitud precipitada.” Vivimos en una edad de vapor y de actividad febril, por lo tanto, en este siglo, no podemos esperar que la verdad reciba su reconocimiento. El ocultista espera y aguarda su oportunidad.

**H. P. Blavatsky**

## Los Que Niegan La Ciencia

Con respecto a lo que oyes decir a los demás, los cuales persuaden a las masas de que el alma, una vez liberada del cuerpo, no experimenta el mal, ni está consciente, yo sé que estás más versado *en las doctrinas que nuestros antepasados nos legaron* y en las sagradas fiestas de Dionisos, que creer en ellos; *en cuanto nosotros, que pertenecemos a la "Hermandad", conocemos bien los símbolos místicos.*

**Plutarco**

**R**ecientemente, los teósofos en general y esta escritora en particular, han sido el objeto de severa censura por *desacatar a la ciencia*. Se nos pregunta: ¿qué derecho tenemos para cuestionar las conclusiones de los eruditos más eminentes y no reconocer la infalibilidad, (que implica la omnisciencia), de nuestros estudiosos modernos? En substancia, ¿cómo *osamos* "ignorar con desaire" sus "teorías" más irrefutables y "universalmente aceptadas" etc., etc? Este artículo se propone presentar algunas razones de nuestra actitud escéptica.

En primer lugar, para evitar una natural comprensión errónea debida al párrafo anterior, que el lector sepa, para empezar, que el título: "Los Que Niegan La Ciencia", no se refiere, en absoluto, a los teósofos; sino todo lo contrario. Con el término "Ciencia" indicamos la Sabiduría Antigua, mientras "los que la niegan" representan a *los científicos materialistas modernos*. Por lo tanto, una vez más, tenemos "la audacia sublime" de un Dávid que enfrenta, con una vetusta honda teosófica, al gigante Goliath "protegido por una armadura" que pesa verdaderamente "cinco mil siclos de *cobre*". Que los Filisteos nieguen los hechos, sustituyéndolos con sus "hipótesis", nosotros rechazamos éstas últimas y resguardamos los *hechos*, "los ejércitos de una Verdad viviente."

La franqueza de esta nítida declaración, seguramente despertará a todos los perros dormidos, induciendo a cada parásito de la ciencia moderna a perseguir nuestros talones editoriales. El ladrido será: "¡Estos teósofos desgraciados!" ¿Por cuánto tiempo rechazarán humillarse y por cuánto tiempo deberemos soportar esta malvada congregación?" Bueno, seguramente se tardará un gran lapso para desacreditarnos, según muestran los varios experimentos ya efectuados. Es natural que nuestra confesión de fe deba provocar el odio de todo adulador de las teorías mecánicas y animalistas tocantes al Universo y al Hombre, además, el número de estos parásitos es considerable; aunque no inspire ninguna admiración. En nuestro ciclo de negación integral, las filas de los Didimos, (incrédulos Santos Tomases), se refuerzan diariamente gracias a cada materialista recién acuñado y llamado "infiel", el cual se sustrae, henchido de energía reactiva, de los campos angostos del dogmatismo eclesiástico. Estamos conscientes de la fuerza numérica de nuestros enemigos y contrincantes y no la menospreciamos. Además, en este caso, aún algunos de nuestros mejores amigos podrían preguntarnos, como ya aconteció: "¿A quién se beneficia? ¿Por qué no dejar en paz a nuestra ciencia oficial, altamente respetable y firmemente arraigada con sus científicos y aduladores?"

Más adelante mostraremos el *por qué*, cuando nuestros amigos se enterarán que existe una buena razón para actuar de esta manera. No tenemos ningún pleito y tributamos nuestro respeto al verdadero y genuino científico, al estudioso dedicado, imparcial, libre de prejuicios y amante de la verdad. ¡Desafortunadamente, ellos son la minoría! Sin embargo, tenemos mucho que decir en el caso de aquel que, siendo simplemente un *especialista* en las ciencias físicas, a pesar de su eminencia en el campo, aún trata de influenciar el pensamiento público con sus concepciones materialistas sobre cuestiones metafísicas y psicológicas (que para él son letra muerta). Ni existe, según sabemos, ninguna ley divina o humana que nos obligue a respetar opiniones consideradas erróneas en nuestra escuela, sólo por ser aquellas de las llamadas autoridades en los círculos materialistas o agnósticos. Esperamos que nuestra actitud nunca vacile, ni siquiera por un instante, entre la *verdad* y el *hecho* (como los entendemos) y las hipótesis de los más grandes fisiólogos vivientes, que se llamen Huxley, Claude Bernard, Du Bois Reymond, etc., etc. Si según la declaración de Huxley: el alma, la inmortalidad y todas las cosas espirituales: "trascienden su investigación filosófica" ("La Base Física De La Vida"), entonces, como nunca ha sondeado estas cuestiones, no tiene ningún derecho a dictaminar. Seguramente traspasan la comprensión de la ciencia física materialista y lo que es principal, usando la feliz expresión del doctor Gibier, *trascienden la zona luminosa* de la mayoría de nuestros científicos materialistas. Ellos son libres de creer en la: "acción *automática* de los centros nerviosos" como creadores principales del pensamiento, en el hecho de que los fenómenos de la *voluntad* son simplemente una forma compleja de acciones reflejas y así sucesivamente, sin embargo, nosotros somos igualmente libres de negar sus declaraciones.

Ellos no son nada más que especialistas. Según la notable descripción de la última obra del autor de “Espiritismo y Faquirismo”:

Un número de personas extremadamente iluminadas en alguna vertiente científica particular, asume el derecho de pronunciar, arbitrariamente, su juicio sobre todas las cosas y está dispuesto a rechazar cada novedad que sacuda *sus* ideas, ¡por la sólo razón que si *fuere verdadera no podría continuar ignorándola!* En mi caso, con frecuencia, he encontrado este tipo de autosuficiencia en seres cuyo conocimiento y estudio científico debían haberlos preservado de esta triste enfermedad moral, si no hubiesen sido *especialistas* anclados en su especialidad. Creerse superior es una señal de relativa inferioridad. En realidad, el número de intelectos que sufren de estas lagunas es más amplio de lo que comúnmente se cree. Como existen individuos completamente refractarios al estudio de la música, de las matemáticas, etc., hay otros para los cuales, ciertas áreas de pensamiento están clausuradas. Aquellos que pueden haberse destacado en el campo médico o literario, probablemente fallarían de forma notable en alguna ocupación que se salga de lo que llamaré su *zona lúcida*, como acontece con la acción de esos reflectores que, durante la noche, irradian su luz en una zona de rayos luminosos fuera de la cual todo es tinieblas e inseguridad. Cada ser humano tiene su *zona lúcida* cuya extensión, rayo de acción y grado de luminosidad varía con cada individuo.

Existen cosas que trascienden la *capacidad de concepción* de ciertos intelectos; ya que trascienden su *zona lúcida*.<sup>19</sup>

Esto es absolutamente verdadero, ya sea que se aplique al científico o a su admirador profano. Dichos especialistas científicos son los individuos a los cuales no reconocemos el derecho de sentarse en el trono de Salomón, juzgando a todos aquellos que no ven con sus ojos ni escuchan con sus oídos. A ellos les decimos: no les pedimos creer, como lo hacemos nosotros; ya que su *zona* los circunfiere a su especialidad, pero no infringan las *zonas* ajenas. Mas, si a pesar de todo lo hacen, si después de haber reído, en sus momentos de honesta franqueza, de su ignorancia, después de haber reiterado oralmente y en la prensa, que ustedes, los materialistas y los físicos, desconocen completamente las potencialidades últimas de la materia, ni han dado un paso hacia la solución de los arcanos de la vida y de la conciencia y aún persisten enseñando que todas las manifestaciones de la existencia y de la inteligencia y que los fenómenos de la mentalidad superior son simplemente *propiedades de aquella materia acerca de la cual confiesan su ignorancia*,<sup>20</sup> entonces, difícilmente pueden sustraerse de la acusación de *engañar* al mundo.<sup>21</sup> En este caso, el uso del verbo “engañar” es adecuado y conforme a su sentido etimológico más riguroso extrapolado del diccionario Webster según el cual es una “imposición bajo legítimas pretensiones”, en tal coyuntura, de la ciencia. Seguramente, no exigimos demasiado si a estos caballeros eruditos y estudiosos les pedimos que no abusen del carisma y del prestigio que ejercen en las mentes humanas, para enseñarles algo acerca de lo cual ellos mismos no saben nada y que deberían abstenerse de predicar las limitaciones de la naturaleza ¡cuyos problemas más importantes han sido, son y serán, acertijos irresolubles para los materialistas! Esto implica sólo pedir, a estos maestros, *simple honestidad*.

¿Qué es lo que constituye al verdadero erudito? Aquel que, además de haber dominado una información general sobre todas las cosas, está siempre dispuesto a ensanchar su aprendizaje, porque existen vertientes acerca de las cuales *admite su ignorancia* ¿no es quizá un auténtico y fiel vasallo de la ciencia (si la aceptamos como sinónimo de verdad)?<sup>22</sup> Un estudioso de esta índole, jamás vacilará en abandonar sus teorías cada vez que se percate de que, aún no contrastando el hecho ni la verdad, son simplemente dubitativas. Para el bien de la verdad permanecerá indiferente a las opiniones mundanas y de sus colegas y no tratará de sacrificar el espíritu de una doctrina en favor de la letra muerta de una creencia popular. Independiente de los seres humanos y de las facciones e impertérrito si su posición contrasta la cronología

<sup>19</sup> “Análisis de las Cosas”, Fisiología Trascendental. Doctor Paul Gibier, pag. 33,34.

<sup>20</sup> “Rigurosamente hablando, es verdadero que la investigación química puede decirnos, directamente, *poco o nada* sobre la composición de la materia viviente y también es estrictamente verídico que no *sabemos nada* acerca de la composición de ningún tipo de cuerpo.” (Profesor Huxley)

<sup>21</sup> Lo siguiente es lo que el poeta licenciado, Tyndall, confiesa en sus obras acerca de la acción atómica: “Debido a una complejidad excesiva [...] el intelecto más altamente entrenado, la imaginación más refinada y disciplinada *retrocede atónita al contemplar el problema*. Nos quedamos estupefactos por un asombro que ningún microscopio puede aliviar y nos encontramos dudando no sólo del poder de nuestro instrumento; sino si *aún nosotros poseemos los elementos intelectuales que alguna vez nos permitirán abordar las últimas energías estructurales de la naturaleza*.” Sin embargo, no vacilan en abordar los problemas de la naturaleza espiritual y psíquica: la vida, la inteligencia y la conciencia más elevadas, atribuyéndolas todas a la materia.

<sup>22</sup> Los siguientes versos humorísticos bien conocidos recitados en Oxford, no se aplican al erudito en cuestión: “Soy el maestro de esta universidad, y lo que desconozco no es conocimiento.”

bíblica, los asertos teológicos o las teorías preconcebidas y arraigadas de la ciencia materialista, actuará en sus pesquisas con un estado mental completamente libre de prejuicios, vanidad personal y orgullo, investigando la verdad por la verdad, sin alterar, para satisfacer ésta o aquella facción, los hechos para que coincidan con sus hipótesis o con las creencias profesadas por el binomio religión de estado y ciencia oficial. Este es el ideal para un verdadero científico que, cada vez que se equivoque, en cuanto hasta Newton y Humboldt han cometido errores ocasionales, se prodigará a publicar su error corrigiéndolo y no emulará el comportamiento del naturalista alemán Haeckel, al que vale la pena reiterar. En cada edición siguiente de su “Pedigree del Hombre” no ha rectificado el *sozura* (“desconocido a la ciencia” según nos dice Quatrefages) y su *prosimio* asociado al *lori* que, según describe: “está privado de huesos marsupiales pero provisto de *placenta*”. Sin embargo, algunos años después, las pesquisas anatómicas de “Alphonse Milne, Edwards y Grandidier han probado que el *prosimio* de Haeckel no tiene *ninguna placenta*.” (“Las Especies Humanas”, pag. 110, Quatrefages). Esto es lo que nosotros, los Teósofos, llamamos *deshonestidad* absoluta; ya que él sabe que las dos criaturas que coloca en los estados catorce y dieciocho de su genealogía en el “Pedigree del Hombre” son *mitos* en la naturaleza y eluden toda posibilidad de ser los ancestros directos o indirectos de los monos, menos del *ser humano* y según Quatrefages: “no podemos, ni siquiera, considerarlos como los ancestros de los mamíferos zonoplacentarios.” Sin embargo, Haeckel los propina todos al inocente y a los adoradores del Darwinismo, porque, según explica Quatrefages: “la prueba de su existencia ¡surge de la necesidad de un tipo intermedio!” No acertamos a ver ninguna diferencia entre los piadosos fraudes de un Eusebio “para la magna gloria de Dios” y el engaño malicioso de Haeckel “para la magna gloria de la materia” y el deshonor humano. Ambos son *mistificaciones* y tenemos el derecho a denunciarlos.

Lo mismo vale para las otras ramas científicas. Un especialista, véase un estudioso de griego o del sánscrito, un paleógrafo, un arqueólogo y un orientalista de cualquier descripción, es una “autoridad” sólo dentro de las lindes de su ciencia particular, como lo es un electricista o un físico en su campo. ¿Y quién de ellos puede definirse *infallible* en sus conclusiones? Han cometido y siguen cometiendo errores, cada una de sus hipótesis es simplemente una suposición, una teoría momentánea y nada más. Hoy, con la moda de Koch en el aire, ¿quién creería que sólo algunos años atrás, el prócer francés más grande en patología, el extinto profesor Vulpian de la Facultad de Medicina en París, *negó la existencia del microbio tubercular*? Según dice el doctor Gibier (su amigo y discípulo), cuando Bouley presentó a la Academia de las Ciencias una relación sobre el bacilo tubercular, Vulpian le dijo que: “este germen *no podía existir*”, en cuanto, si “existiera, ¡se hubiera descubierto *anteriormente*; ya que se persiguió durante muchos años!”<sup>23</sup>

Esta es la manera en la cual cada especialista científico de cualquier designación niega las doctrinas de la Teosofía y sus enseñanzas, sin haber jamás tratado de estudiarlas o analizarlas o descubrir cuánta verdad pueda entrañarse en la antigua ciencia sagrada, porque no fue la ciencia moderna a descubrirlas y porque los científicos, habiéndose extraviado del camino maestro, penetrando en las junglas de la especulación material, no pueden volver al redil sin derrumbar todo el edificio después de su pasaje. Pero la cosa peor es que el crítico y el oponente común de las doctrinas teosóficas no es el científico ni el especialista, sino simplemente un *adorador* de los científicos en general, un loro que repite y un mono que imita a una u otra “autoridad”, usando las teorías y las conclusiones personales de un escritor de renombre, esperando descalabrarnos. Además, se identifica con los “dioses” que sirve o protege. Sería comparable con el zuavo de la guardia papal, el cual, debiendo tocar el tambor al aparecer y desaparecer del “Sucesor” de San Pedro, terminara identificándose con el apóstol. Lo mismo vale para el adorador autoconstituido del Elohim moderno de la ciencia, que se imagina, fervientemente, “como uno de nosotros” por la misma razón que mueve al zuavo: él también golpea su gran tambor en favor de cada Don de Oxford o Cambridge cuyas conclusiones y concepciones personales discrepan con las enseñanzas de la Doctrina Oculta de la antigüedad.

Sin embargo, sería una pérdida de tiempo dedicar a estos fanfarrones una línea más de lo necesario, ya sea oralmente o por escrito. ¿Por qué considerarlos? Tampoco tienen una “zona” propia, pero deben ver las cosas a través de la luz de las “zonas” intelectuales ajenas.

He aquí la razón por la cual, una vez más, tenemos el doloroso deber de retar y contradecir las concepciones científicas de tantos hombres en cuyas ramas particulares son considerados, más o menos, “eminentes.” Hace dos años, la escritora prometió, en el segundo Volumen de “La Doctrina Secreta”, un tercero y hasta un cuarto de la misma obra. El tercer tomo (casi completo), trata de los antiguos Misterios Iniciáticos, presenta esbozos, desde el punto de vista esotérico, de los más famosos e históricamente conocidos filósofos e hierofantes de la época arcaica hasta la cristiana (cada uno de los cuales, los

<sup>23</sup> “El Análisis de las Cosas”, Doctor P. Gibier, pag. 213 y 214.

científicos definen como un *impostor*) y reconduce las enseñanzas de todos estos sabios a una única y misma fuente del conocimiento y de la ciencia en su integridad: la doctrina esotérica o Religión Sabiduría. Es superfluo decir que las declaraciones y las conclusiones entresacadas de los materiales esotéricos y legendarios empleados en la inminente obra, difieren ampliamente y a menudo contrastan, irreconciliablemente, con los datos impartidos por casi todos los orientalistas ingleses y alemanes. Entre ellos, incluyendo aún a los que sienten una hostilidad mutua, existe un acuerdo tácito según el cual se sigue una cierta línea de conducta en lo que concierne a las fechas,<sup>24</sup> se niega que los “adeptos” posean algún conocimiento trascendental, de cualquier valor intrínseco y se rechaza plenamente la mera existencia de las *siddhis* o poderes espirituales anormales en el ser humano. En esta vertiente los orientalistas, aún aquellos que son materialistas, son los mejores aliados del clero y de la cronología bíblica. No es necesario detenerse en el análisis de tal hecho extraño, pero ésta es la situación. El punto principal del tercer volumen de La Doctrina Secreta consiste en probar, delineando y explicando los *velos* en las obras de los antiguos filósofos indos, griegos y de otras nacionalidades y también en todas las escrituras de antaño, la presencia ininterrumpida de un método y de un simbolismo esotérico alegórico y mostrar, de la manera más legítima posible, que valiéndose de las claves interpretativas enseñadas en el canon oriental indo-budista de ocultismo, los Upanishads, los Purânas, los Sutras, los poemas épicos indos y griegos, el Libro Egipcio de los Muertos, las Eddas escandinavas, la Biblia hebraica y hasta las escrituras clásicas de los Iniciados (como Platón, entre otros), brindan, desde el primero hasta el último, un sentido muy distinto de lo que se extrapola de su hermenéutica literal. Algunos de los estudiosos actuales más encomiados, niegan todo ésto perentoriamente. Como no poseen las claves, éstas no pueden existir. Según el doctor Max Müller, ningún pandit indo oyó jamás hablar de una doctrina esotérica (*Gupta-Vidya*). El profesor, durante sus Conferencias en Edimburgo, mermó a los teósofos y a sus interpretaciones, así como algunos Shastris eruditos, por no hablar de los Brahminos *iniciados*, minimizan al mismo filólogo alemán. En cambio, Sir Monier Williams se dedica a probar que el Señor Gautama Buda *jamás enseñó ninguna filosofía esotérica* (!), desmintiendo la historia sucesiva: los Patriarcas-Arhat que convirtieron la China y el Tibet al budismo y acusaron de fraude las numerosas escuelas esotéricas aún vigentes en estos dos países.<sup>25</sup> Al mismo tiempo, según el profesor B. Jowett, el Director de la Universidad de Balliol, los Diálogos de Platón no entrañan ningún elemento esotérico o gnóstico, ni siquiera el Timeo,<sup>26</sup> un tratado preeminentemente oculto.

Los neo-platónicos: Ammonio Saccas, Plotino, Porfirio, etc., etc., eran místicos ignorantes y supersticiosos propensos a ver un significado secreto donde no existía y, Platón encabezándolos, no tenían ninguna idea de la ciencia real. Según la apreciación erudita de nuestras luminarias científicas modernas, en los días de Thales, Pitágoras y hasta de Platón, la ciencia (o sea el conocimiento), se encontraba en su estado infantil, mientras en los tiempos de los Rishis indos reinaba la superstición y la “patraña” más burda. Según el profesor Weber y Max Müller, Pânini, el grámatico más grande del mundo, *desconocía el arte de la escritura* en concomitancia con todos los demás en la India, desde Manu hasta Buda, aún tan recientemente como en el 300 a. de. C. Por otro lado, el profesor A. H. Sayce, un paleógrafo y un asiriólogo innegablemente grande, admite cortésmente, la existencia de una escuela esotérica y de una simbología oculta entre los Acado-Babilonios, sin embargo, afirma que ahora, los asiriólogos poseen todas las claves necesarias para interpretar correctamente los glifos secretos del vetusto pasado.

Pienso que conocemos la clave principal que él y sus colegas emplean: hacer remontar cada dios y héroe, cuyo carácter es, a decir poco, dudoso, a un mito solar y habréis descubierto el secreto completo, una empresa más simple, como notaréis, que aquella de un “Mago del Norte” atareado en cocinar una torta de huevo en el sombrero de un caballero. Al final, en lo que concierne a la simbología esotérica y a los Misterios, los orientalistas actuales parecen haber olvidado más de lo que los sacerdotes iniciados de los días de Sargon (3750 a. de C., según el doctor Sayce), jamás supieron. Esta es la modesta afirmación del conferencista de Hibbert en 1887.

Por lo tanto, como las conclusiones y las afirmaciones personales de los susodichos eruditos (y muchos más), militan contra las enseñanzas teosóficas, la mayoría nunca otorgará, al menos en esta edad, los laureles de la conquista a estas últimas. Sin embargo, como la verdad y el hecho nos sustentan, no hay por

---

<sup>24</sup> En el excelente Prefacio de la obra “Troya” del doctor Schliemann, el profesor Sayce dice: “La tendencia natural del estudiante actual es el post-fecha más que el ante-fecha y hacer remontar todo al período más reciente posible.” Es así y lo hacen con fervor. La misma reluctancia emerge al admitir la antigüedad del ser humano y conceder al antiguo filósofo algún conocimiento acerca de lo que el estudiante moderno *ignora*. ¡Orgullo y vanidad!

<sup>25</sup> Véase “El Budismo Chino” de Edkin y léase lo que este misionero, un eminente erudito chino que vivió por muchos años en China, dice acerca de las escuelas esotéricas, a pesar de que tenga numerosos prejuicios como regla.

<sup>26</sup> Véase el Prefacio de su traducción del Timeo.

que desesperarse; simplemente aguardaremos nuestro momento. El tiempo es el mago portentoso, un irresistible extirpador de hierbas malas y parásitos crecidos artificialmente, un solvente universal para la verdad. *La verdad es grande y prevalecerá.* Entretanto, los teósofos no pueden permitir que se les tilde de visionarios, si es que no de “engañadores” y es su deber permanecer fieles a su llamado y defender sus creencias más sagradas. Esto es factible sólo oponiéndose a las hipótesis preconcebidas de sus contrincantes, valiéndose: (a) de las conclusiones diametralmente antitéticas de sus colegas, otros científicos, *especialistas* igualmente eminentes en la misma rama de estudio como ellos y (b), del verdadero sentido de varios pasajes en las antiguas escrituras y en los clásicos, que estos partidarios han desfigurado. A fin de llevar a cabo ésto, no podemos prodigar más atención a dichos personajes ilustres de la ciencia moderna, de la que ellos otorgan a los dioses de las “razas inferiores.” La Teosofía, la Sabiduría Divina de la Verdad está a la defensiva y debemos reivindicar lo que sabemos que es, implícitamente, verdadero: por lo tanto, en los futuros editoriales, contemplamos una serie de artículos que rebaten a nuestros oponentes, a pesar de su erudición.

Ahora es evidente el por qué no podemos “dejar rigurosamente en paz a nuestra *ciencia* oficial altamente respetable y firmemente arraigada.”

Entretanto, podemos concluir con algunas palabras de despedida. *El poder pertenece a aquel que sabe.* Este es un axioma muy antiguo. El conocimiento, o el primer paso hacia el poder, especialmente aquel de comprender la verdad: discerniendo lo real de lo falso, pertenece sólo a aquellos que colocan la verdad por encima de sus personalidades anodinas. Pueden esperar alcanzar el conocimiento último de las cosas, sólo aquellos individuos que, habiéndose emancipado de todo prejuicio y habiendo conquistado su orgullo y egoísmo humano, están dispuestos a aceptar cada una y *toda* verdad, una vez que ésta es irrefutable y demostrada. Es fútil buscar dichos seres entre los engreídos científicos modernos y sería una locura esperar que las masas émulas de los profanos impugnaran a sus ídolos tácitamente aceptados. Por lo tanto, resulta igualmente inútil contar con una actitud justa hacia cualquier trabajo teosófico. Si la Compañía Teosófica de Imprenta publicara algún manuscrito desconocido de Macaulay, de W. Hamilton o de John Stuart Mill, sus críticos, si es que algunos, lo proclamarían gramaticalmente incorrecto, escrito en un inglés indescifrable, nebuloso e ilógico. La mayoría juzga un trabajo según los prejuicios respectivos de sus críticos quienes, a su vez, son guiados por la popularidad o impopularidad de los autores y, por supuesto, jamás por sus fallas y méritos intrínsecos. Por lo tanto, fuera de los círculos teosóficos, el público en general, recibirá los inminentes volúmenes de “La Doctrina Secreta”, de manera más fría que la reservada a los dos anteriores. Hoy en día, como se ha demostrado a menudo, ninguna declaración puede contar con un juicio o hasta una audiencia imparcial, a menos que sus argumentaciones colindan con las líneas de investigación legítima y *aceptada*, permaneciendo, rigurosamente, entre los confines de la ciencia materialista oficial o de la teología emotiva y ortodoxa.

El lector actual es una anomalía paradójica. Es preeminentemente materialista y mojigato; una verdadera edad de Jano. Nuestra literatura, nuestro pensamiento y el llamado adelanto moderno, se desdoblán a lo largo de estas dos líneas paralelas, las cuales, cada una a su manera, son así tan incongruentemente disímiles y aún tan populares, “propias” y “respetables”. Aquel que presume de trazar una tercera línea o siquiera un guión de reconciliación, por así decirlo, entre las dos, debe prepararse para lo peor. Los críticos tergiversarán su trabajo y, leyendo tres líneas en la primera página, dos a mediados del libro y el párrafo final, lo proclamarán “ilegible.” Los adoradores de la ciencia y de la iglesia se mofarán, sus lacayos lo mal citarán, aún las piadosas compañías ferroviarias rechazarán insertarlo en los trenes, mientras el lector común no comprenderá su sentido. Todo lo anterior está bien corroborado por las concepciones erróneas y absurdas que los círculos cultos de la sociedad tienen acerca de las enseñanzas de la “religión Sabiduría” (Bodhismo), a pesar de las explicaciones admirablemente claras y científicas de sus doctrinas elementales presentadas por el autor de “El Budismo Esotérico”. Pueden servir como caución hasta para aquellos, entre nosotros, que, endurecidos por la lucha de una vida al servicio de nuestra Causa, no escriben tímidamente ni se sienten mínimamente desconcertados y estupefactos por los asertos dogmáticos de las “autoridades” científicas. Sin embargo, persisten en su trabajo aún estando perfectamente conscientes de que, en esta edad, a pesar de lo que hagan, el materialismo y el pietismo doctrinal no concederán a la filosofía teosófica una audiencia imparcial. Hasta el final nuestra doctrina se enfrentará con un rechazo sistemático y a nuestras teorías se les negará un lugar hasta en las filas de esas cosas científicas efímeras y aleatorias, las llamadas “hipótesis” de nuestros días. Los defensores de la teoría “animalista” deberán considerar nuestras enseñanzas cosmogénicas y antropogénicas como auténticas “fábulas”. Uno de los paladines de los científicos preguntó a un amigo: “¿Cómo podemos aceptar las *complejidades* del vetusto Babus (!?) aunque se enseñe en la antigüedad, cuando se oponen, en todo pormenor, a las conclusiones de la ciencia moderna? ¿Sería como pedirnos sustituir a Darwin con Jack el Asesino Múltiple!” Así es, ya que, para aquellos que recalitrán asumir

alguna responsabilidad moral, seguramente les parecerá más conveniente aceptar el descenso de un antepasado *mono* común y ver a un hermano en un babuino mudo y sin cola, más bien que reconocer la progenie de los Pitris, los hermosos “hijos de los dioses” o tener que aceptar, como hermano, a un desheredado de los barrios pobres o a un ser de una raza “inferior” con la epidermis bronceada. “¡Arredrad!” clamarán los piadosos, “¡jamás podréis esperar convertir cristianos respetables que van a la iglesia, en ‘Budistas Esotéricos!’”

Ni estamos, de alguna manera, ansiosos de tratar de efectuar tal metamorfosis, especialmente cuando, la mayoría de los piadosos Británicos se ha convertido ya, por su propio libre albedrío y determinación, en *Budistas Exotéricos*.

Los gustos no son tema de disputa.

En nuestro próximo artículo nos proponemos indagar hasta que punto el profesor Jowett tiene razón en su Prefacio al “Timeo” cuando afirma: “las fantasías de los neoplatónicos no tienen ningún nexo con la interpretación de Platón” y que el “llamado misticismo de Platón es puramente griego, fruto de su conocimiento imperfecto”, por no decir ignorancia. El erudito Director de Balliol niega que Platón haya usado, en sus obras, alguna simbología esotérica. Nosotros los teósofos, afirmamos que la empleó y debemos tratar de presentar nuestras mejores pruebas para refutar los asertos proferidos.

## II

### SOBRE LAS AUTORIDADES EN GENERAL Y LA AUTORIDAD DE LOS MATERIALISTAS EN PARTICULAR

Al asumir la tarea de contradecir a las “autoridades” y ocasionalmente mitigar las opiniones y las hipótesis bien establecidas de los científicos, es preciso definir nuestra actitud de manera clara desde el principio, especialmente al considerar las reiteradas acusaciones. Con respecto a la verdad de nuestras doctrinas, ninguna crítica ni escarnio puede intimidarnos, sin embargo, nos arrepentiríamos si proviéramos ulteriores enseres a nuestros enemigos como pretexto para llevar a cabo otra masacre de inocentes. Ni queremos suscitar en nuestros amigos una injusta sospecha acerca de lo cual no estamos preparados para considerarnos culpables.

Una de estas sospechas sería, naturalmente, la idea según la cual debemos ser muy arrogantes y engreídos. Esto es falso de la A a la Z. El hecho de que contradigamos a los eminentes científicos sobre ciertos puntos, no implica que pretendemos saber más que ellos en el ámbito de la ciencia y ni somos tan ciegamente vanidosos para colocarnos al mismo nivel de dichos catedráticos. Aquellos que nos acusan de ésto profieren insensateces; ya que, aún albergar tal pensamiento, sería el extremo de la presunción y jamás hemos tenido este vicio. Por lo tanto declaramos, con voz estentórea, a todos nuestros lectores, que la mayoría de esas “autoridades” que censuramos, *las consideramos las depositarias de un conocimiento científico y de una información general superior a la nuestra*. Dicho esto, el lector debe tener presente que una extensa erudición no previene, en lo más mínimo, de un gran prejuicio o de ideas preconcebidas ni es un salvoconducto contra la vanidad y el orgullo personal. Un físico puede ser un innegable experto en la acústica, las ondas vibratorias, etc y no ser un músico ya que carece del oído apropiado para ese arte. Ningún zapatero moderno puede escribir como el Conde Leon Tolstoi; sin embargo, un neófito en dicha profesión puede censurar al gran escritor por echar a perder buenos materiales tratando de hacer unos botines. Además, arrojamos el guante a la Ciencia Moderna sólo para defender, legítimamente, nuestras doctrinas Teosóficas pretéritas y para reivindicar la Sabiduría antigua de sus Adeptos contra cuyas enseñanzas muchos se oponen apoyándose en la autoridad de los científicos materialistas, totalmente ignorantes de las posibilidades psíquicas. Si en su presunción inconcebible y materialismo ciego, continuarán dogmatizando sobre lo que desconocen íntegramente, ni quieren aprender nada al respecto, entonces, aquellos que sí, saben algo, tienen el derecho a protestar, expresándose públicamente y en la prensa.

Muchos deben haber oído hablar de la respuesta significativa que un seguidor de Platón dio a un crítico de Thomas Taylor, el traductor de las obras del gran sabio. A Taylor se le tildó de ser simplemente un escaso estudioso del griego y un escritor mediocre del idioma inglés. La graciosa respuesta enseguida: “Quizá es verdad, que el conocimiento que Tom Taylor tenía del griego, fuese inferior al de sus críticos, sin embargo, *su conocimiento de Platón superaba aquel de cada uno de ellos*.” Esta es también nuestra posición.

No pretendemos ser eruditos en idiomas muertos ni vivos y no estimamos la filología como una ciencia moderna. Pero sí afirmamos entender el espíritu viviente de la filosofía de Platón y el significado simbólico de los escritos de este gran Iniciado, mejor que sus traductores modernos por esta simple razón.



Los Hierofantes y los Iniciados de los Misterios en las Escuelas Secretas donde se enseñaban todas las Ciencias inaccesibles e inútiles para las masas profanas, tenían un idioma universal Esotérico, el lenguaje del simbolismo y de la alegoría. Este idioma no ha sido modificado ni ampliado desde aquellos tiempos remotos hasta hoy. Aún existe y aún se enseña. Hay individuos que han preservado el conocimiento de tal lenguaje y también del significado arcano de los Misterios. Estos son los Maestros de los cuales, la escritora de la presente protesta, tuvo la suerte de aprender, si bien imperfectamente, dicho idioma. De aquí deriva la pretensión según la cual: su comprensión de la porción arcana de los textos antiguos escritos por Iniciados reconocidos, véase Platón, Jamblico, Pitágoras y hasta Plutarco, es más correcta que la de individuos quienes, no sabiendo nada de tal “idioma”, hasta niegan su existencia, sin embargo presentan conceptos autoritativos y concluyentes sobre todo lo que Platón y Pitágoras sabían o no sabían, creían o descreían. No es suficiente que el profesor Jowett pronuncie la intrépida proposición: “que un filósofo de la antigüedad debe interpretarse por sí: (recurriendo a la hermeneútica literal de los textos) y *valiéndose de la historia contemporánea del pensamiento,*” mas aquel que profiere tal concepción debe, en primer lugar, probar satisfactoriamente, no sólo a sus admiradores y a sí mismo, sino *a todos*, que el pensamiento moderno no mistifica la cuestión de la Filosofía como lo hace en el ámbito de la ciencia materialista. El pensamiento moderno niega el Espíritu Divino en la Naturaleza y el elemento Divino en la humanidad, la inmortalidad del Alma y cada concepción noble inherente en el ser humano. Todos sabemos que los materialistas como el profesor Huxley y Grant Allen, en sus esfuerzos por aniquilar aquello que han convenido llamar “superstición” y los “vestigios de la ignorancia” (*o sea* “los sentimientos religiosos y los conceptos metafísicos del Universo y del Hombre), están preparados para hacer cualquier cosa a fin de asegurar el triunfo de su ciencia que mata al alma. Pero cuando nos percatamos de que los eruditos en griego y en sánscrito y los doctores en teología, sosteniendo el juego del pensamiento materialista, merman todo lo que desconocen o lo que el público desapruueba, o mejor dicho, la Sociedad, siempre dispuesta a seguir, en sus impulsos, la costumbre de la moda, de la popularidad e impopularidad, entonces, tenemos el derecho a asumir una o dos cosas: a los letrados que siguen estas líneas les induce una presunción personal o el pavor de la opinión pública. No se atreven a retarla para no arriesgarse a caer en la impopularidad. En ambos casos pierden su derecho a ser considerados como autoridades. Ya que, si están ciegos a los hechos y sinceros en su ceguera, entonces, su erudición, por grande que sea, podría vulnerar más que beneficiar y si nuestros filósofos, estando plenamente conscientes acerca de esas verdades universales que la Antigüedad conocía mejor que nosotros, aún expresándolas en un lenguaje más ambiguo y menos científico, continúan cubriéndola por temor de fulgurar dolorosamente la vista de la mayoría, el ejemplo que establecen es muy pernicioso. Suprimen la verdad y desfigurán las concepciones metafísicas como sus colegas, en la ciencia física, distorsionan los hechos en la Naturaleza material, convirtiéndolos en sostenes que apoyan sus concepciones respectivas en armonía con las hipótesis populares y el pensamiento darwinista. Si así es, ¿qué derecho tienen a exigir una audiencia respetuosa de aquellos para los cuales la Verdad es la religión más elevada y más noble de todas?

Negar algún hecho o afirmación cuya *refutación es inviable* y en el cual creen millones de cristianos y no cristianos, es una cosa seria para un ser que goza de una autoridad científica reconocida, especialmente si se consideran sus resultados inevitables. Para un público al cual se le ha enseñado a respetar los datos científicos y los *boletines*, una tentativa de negar y rechazar ciertas cosas consideradas, hasta la fecha, sagradas porque proceden de tales fuentes, equivale, simplemente, a aserciones sin ningún valor. A menos que las negaciones y los rechazos se pronuncien en el espíritu más amplio del *Agnosticismo*, ofreciéndolos meramente como opinión personal, este espíritu de negación omnímodo resulta ser muy peligroso para la humanidad, especialmente cuando se yuxtapone con la creencia universal de toda la Antigüedad y de las incomputables huestes de las naciones orientales sobrevivientes en las cosas negadas. Entonces, para la humanidad es simplemente fatal el rechazo de un Principio Divino en el Universo, del Alma, del Espíritu en el ser humano y de su Inmortalidad por parte de un segmento de científicos y el repudio de alguna Filosofía Esotérica existente en la Antigüedad y de la consecuente presencia de algún significado agazapado basado en aquel sistema de aprendizaje revelado en las sagradas escrituras de oriente (incluida la Biblia) o en las obras de esos filósofos que, según otro grupo de “autoridades”, eran Iniciados. Los millones de seres de las generaciones crecientes deben encontrarse desorientados entre la empresa misionera, animada por motivos políticos más que religiosos<sup>27</sup> y el materialismo científico.

---

<sup>27</sup> Consideramos que las fabulosas sumas que se gastan para las misiones cristianas y que éstas derraman, se emplean con un propósito político en vista; ya que la propaganda que divulgan causa resultados morales degradantes y atrae a unos pocos renegados. El fin de las misiones, que, al menos en la India, se dice que se “*toleran*” simplemente, parece ser el de *pervertir* a la gente de sus religiones ancestrales en lugar de *convertirla* al

Ambos enseñan procediendo de dos polos diametralmente opuestos, lo que no pueden probar ni refutar y en particular lo que asumen por fe o hipótesis ciega. Las generaciones futuras no sabrán en qué creer y a dónde dirigirse para encontrar la verdad, más de lo que sus padres saben. Muchos exigen pruebas más contundentes que las suposiciones personales y las negaciones de fanáticos religiosos y materialistas ateos que se pronuncian sobre la existencia o la inexistencia de esta o aquella cosa.

Nosotros, los Teósofos, que no somos fácil presa de la salvación ni de la aniquilación, afirmamos nuestro derecho a exigir las pruebas más contundentes y según nosotros, más *irrefutables*, de que la verdad reside en la integración de la Ciencia y de la Teología. Como no discernimos que aflore ninguna respuesta, reivindicamos el derecho a rebatir sobre toda cuestión indecisa, analizando las suposiciones de nuestros oponentes. Nosotros, los creyentes en el Ocultismo y en la Filosofía Esotérica arcaica, como ya dijimos, no pedimos a nuestros miembros que compartan nuestras creencias ni los tachamos de ignorantes si divergen de ellas. Los dejamos simplemente libres de hacer su determinación. A aquellos que deciden estudiar la Ciencia antigua se les dan las pruebas de su existencia, la demostración corroborativa se acumula y crece proporcionalmente con el progreso personal del estudiante. ¿Por qué aquellos que niegan la Ciencia antigua: los eruditos modernos, no deberían hacer lo mismo en lo que concierne a sus negaciones y afirmaciones? ¿Por qué no rehusan decir sí o no con respecto a lo que *desconocen* verdaderamente, en lugar de negarlo y afirmarlo *a priori* como todos lo hacen? ¿Por qué nuestros científicos no proclaman al mundo entero, sin rebozo y honestamente, que la mayoría de sus nociones sobre la vida, la materia, el éter, los átomos etc., que representan un misterio irresoluble para ellos, *no son hechos científicos ni axiomas*, sino simples “hipótesis”? ¿O por qué los orientalistas, si bien muchos de ellos son “Reverendos” o un Regio Profesor de griego, un Doctor en Teología y un traductor de Platón como el profesor Jowett, no mencionan, al presentar sus concepciones personales sobre el Sabio Griego, que existen otros letrados como ellos que tienen un punto de vista contrario? Tal actitud sería simplemente justa y más prudente, considerando la profusión de pruebas que sustentan la versión opuesta que se extiende por millares de años en el pasado. Sería más honesto que inducir a graves errores a seres menos preparados que ellos, dejando que los individuos hipnotizados por la influencia de la autoridad y entonces muy proclives a considerar toda hipótesis efímera por fe, *accepten*, como comprobado, lo que *aún* debe corroborarse. Sin embargo, las autoridades actúan siguiendo diferentes parámetros. Cada vez que un hecho en la naturaleza o en la historia no corresponde y no se deja cincelar en una de sus hipótesis personales, que la solemne mayoría acepta como religión o ciencia, de pronto se niega, declarándolo un “mito” o se recurre a las Escrituras *reveladas* para impugnarlo.

Esto es lo que impulsa a la Teosofía y a sus doctrinas Ocultas a un conflicto perenne con ciertos letrados y con la teología. En el presente artículo no nos referiremos a la segunda ya que, momentáneamente, enfocamos nuestras protestas hacia los eruditos. Por ejemplo, ha sido demostrado que muchas de nuestras enseñanzas, negadas de manera fragmentaria por varios profesores en momentos diversos, pero corroboradas en su totalidad por las obras antiguas, pugnan, no sólo contra las conclusiones de la ciencia y de la filosofía moderna, sino también contra los pasajes de las obras arcaicas a las cuales recurrimos para sacar las pruebas. Es suficiente que apuntemos a una cierta página de alguna obra hindú antigua, a Platón o a algún otro clásico griego a fin de corroborar ciertas nuestras doctrinas esotéricas particulares, por ejemplo:

**H.P.B.**

---

Cristianismo. Esto se efectúa para aniquilar en ellos cada chispa de sentimiento nacional. Cuando en una nación el espíritu patriótico se ha extinguido, se convierte simplemente en un títere en las manos de los que la gobiernan.